José Pablo Feinmann

Filosofía y derechos humanos

Planeta

Filosofía y derechos humanos

Filosofía y derechos humanos

José Pablo Feinmann

Índice de contenido

Portadilla
Legales
A modo de prólogo
Capítulo 1: La cuestión de la violencia
- ¿Sin negatividad no habría historia?
- Espíritu de dominación y pulsión de muerte
- Nietzsche y Hegel en disputa
- Jesucristo como justificación de la tortura

Capítulo 2: Dios y los derechos humanos
- Naturaleza esencial de los derechos humanos
- ¿Un despertar en la conciencia de la humanidad?
- El poder pastoral como modalidad policial
- El derrumbe del mundo medieval

Capítulo 3: Satanás y los derechos humanos
- El pecado como instrumento de dominación
- San Agustín: un hombre de pasiones encontradas
- La desobediencia fundante
- La democracia como freno a los absolutos

Capítulo 4: La embestida colonialista
- Rudyard Kipling, poeta del colonialismo
- El capitalismo chorrea sangre y lodo
- ¿Agradecer a los invasores?
- Una sola violencia legítima

Capítulo 5: Alcances y limitaciones de las revoluciones socialistas
- Revolución y terror
- Revolución y autoridad
- Proletariado y vanguardia iluminada

¿Socialismo y democracia?
Capítulo 6: El primer genocidio del siglo XX
El genocidio contra los armenios
El otro como un cuerpo extraño
Arrasar la esencia del ser humano
La razón del negacionismo
Capítulo 7: El antisemitismo
Odiar al Otro
El judío como enemigo para unir a Alemania
Una mirada despectiva sobre la errancia
Un pueblo que ha sufrido y hace sufrir
Capítulo 8: La propaganda política
Las mil mentiras de Joseph Goebbels
Una obra maestra en el corazón del mal
Música y nazismo
Shostakovich le responde creativamente a Stalin
Capítulo 9: Los intelectuales y el poder
Martin Heidegger y el eje Atenas-Berlín
Nietzsche y la voluntad de poder
¿Cómo expresar una disidencia en un régimen de terror?
Cuando los derechos humanos enmudecen
Capítulo 10: ¿Se puede pensar Auschwitz?
Auschwitz es un hecho humano
Kafka como literatura de anticipación
Pensadores después de Auschwitz
Capítulo 11: La caza de brujas del senador McCarthy
El cine como instrumento de propaganda política
«Yo puedo oler a un comunista»
¿Qué bacterias matan a los comunistas?
La persecución del enemigo interno
Capítulo 12: La doctrina de la seguridad nacional

La Organisation de l’Armée Secrète
Guerra Fría y guerras «calientes»
Los «Boinas Verdes»
«Con la sangre se aprende mucho»
Capítulo 13: El genocidio en la Argentina
El poder económico detrás del Golpe
No hay dos demonios
Los indiferentes y los tímidos
El Estado y los juicios de lesa humanidad
Capítulo 14: Los campos de concentración en la Argentina
Ontología del campo de concentración
La tortura como tarea de inteligencia
La desaparición de personas
Genocidio y sociedad civil: ¿qué hizo la llamada «gente»?
Capítulo 15: Diferenciar entre guerrilla y terrorismo
Selectividad o masividad
«Dios no es neutral»
Juzgar a los genocidas
Macbeth y una definición de la historia

Feinmann, José Pablo
Filosofía y derechos humanos / José Pablo Feinmann. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6685-2
1. Filosofía. 2. Derechos Humanos. I. Título.
CDD 179.7

© 2019, José Pablo Feinmann

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6685-2

A modo de prólogo

Se suele pensar que los libros sobre derechos humanos son aburridos, ya que uno puede imaginar lo que dirán. No es un prejuicio tan errado. Por lo general se trata de compendios de legislación normativa que pocas veces se cumple o listados de violaciones a dicha normativa cometidas en distintos puntos del planeta que convocan a la indignación o a la tristeza. Pues bien, no es el caso de este libro. Aburrido difícilmente sea un adjetivo que pueda endilgársele a José Pablo Feinmann.

La propuesta, como el título lo indica, es abordar la cuestión de los derechos humanos desde una perspectiva filosófica, rastreando sus orígenes con mayor profundidad que la de una enumeración de convenciones o leyes. Es así que el surgimiento de la violencia comienza por rastrearse en Dios y en Satanás, para pasar desde su fundación mítica a la experiencia del colonialismo, de los procesos revolucionarios y, sobre todo, de la contrarrevolución.

No se trata, por lo tanto, de un decálogo de buenas intenciones normativas ni de una mera enumeración de casos, sino de la posibilidad de bucear en los orígenes de una noción compleja, nacida de las entrañas de la civilización occidental y que convivió, paradójicamente, con las peores matanzas y calamidades producidas por esa misma civilización. *Filosofía y derechos humanos*, constituye, de algún modo, la historia de la contradicción permanente en el desarrollo del pensamiento occidental, una contradicción que no cae en el facilismo de mirar la realidad con un solo ojo, sea este iluminista o poscolonial. Es, por lo tanto, claramente un libro moderno, tan moderno como su sartreano autor.

Con la claridad que lo caracteriza, Feinmann entreteje los casos clásicos de la bibliografía sobre la violencia estatal masiva (el genocidio ittihadista cometido contra el pueblo armenio, el genocidio nazi, el genocidio reorganizador de la última dictadura militar argentina) como otras situaciones históricamente menos visibles pero fundamentales para comprender las líneas de

articulación entre los casos elegidos, desde las doctrinas contrarrevolucionarias francesas en Indochina y Argelia y su influencia en nuestra región hasta la «caza de brujas» del senador McCarthy en el mundo político y artístico de los Estados Unidos de la guerra fría, modalidades persecutorias que comienzan a renacer en la nueva derecha regional.

El recorrido histórico permite atravesar desde las ideas bíblicas, pasando por San Agustín y llegando hasta los filósofos clásicos de la modernidad (Kant, Hegel, Marx, Nietzsche, Heidegger) en su vinculación con la cuestión de la violencia. Pero, a la vez, también la literatura, la música o el cine se encuentran presentes para dar cuenta de cada momento histórico, de sus desafíos y de sus problemáticas, de aquellas figuras que desde un Kafka hasta un Shostakovich interactuaron con su realidad histórica.

Aunque toda evaluación es subjetiva, para mi gusto personal uno de los puntos más altos del libro lo constituye la profunda crítica a Heidegger vinculada no tanto ni sólo a su rol personal en el ascenso del nazismo, sino a las implicancias de la creación del «eje Atenas-Berlín», como desafío al sentido ético del judeo-cristianismo. Este planteo se articula claramente con las tempranas intuiciones de Emmanuel Levinas (1906-1995) en *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, publicado en 1934 a meses del triunfo del nazismo y en donde el filósofo judeo-lituano planteaba que en la remisión heideggeriana a la autenticidad radicaba el corazón de la filosofía hitlerista, el «despertar de sentimientos elementales». Dice Levinas: «El hombre ya no se enfrenta a un mundo de ideas donde escoger su verdad gracias a una decisión soberana de su libre razón —el hombre se encuentra de entrada ligado a algunas de dichas ideas, tal como está vinculado por nacimiento a todos aquellos que comparten su sangre». La reiterada mención a la «tierra y la sangre» que vemos aparecer una vez más con el resurgimiento contemporáneo del fascismo y su condena y persecución al «inmigrante», al otro que no participa de dicha comunión del Ser.

Luego de sobrevivir la experiencia concentracionaria, Levinas plantearía en su obra cumbre, *Totalidad e infinito* (1961), que la ética es anterior a la ontología. Es dicho planteo el que recoge inteligentemente Feinmann cuando observa que la construcción del eje Atenas-Berlín requiere aniquilar al elemento disruptivo

(Jerusalén) y la herencia ética que implica, despreciada como «falta de autenticidad» y como origen de la culpa y el remordimiento judeo-cristianos que el nazismo se propone «superar».

Pero esta es apenas una de las perlas de un texto repleto de sugerencias, desde la diferenciación entre guerrilla y terrorismo (y la disputa con las lógicas de los dos demonios) hasta las vicisitudes del stalinismo, la ontología del campo de concentración o los efectos de la tortura en el conjunto de la sociedad.

José Pablo Feinmann nos entrega un libro duro, complejo, profundo. Algunas de las ideas presentadas en textos anteriores como *La filosofía y el barro de la historia* o *La sangre derramada*, se resignifican aquí para dar cuenta de un recorrido por la historia de los derechos humanos y, de algún modo, por la propia historia de la violencia estatal en la modernidad y la configuración de sus sentidos.

En momentos en que las modas posmodernas borran la genealogía de los conceptos para permitir su apropiación por un sentido opuesto (por ejemplo, con la invasión a Libia en 2011 producida con la excusa de «proteger» a los civiles libios de las «violaciones a los derechos humanos» y que generó muchas más víctimas de las que decía querer evitar), vale la pena tomarse el tiempo para acompañar a Feinmann en este recorrido y enfrentar nuestro presente un poco menos desarmados.

Daniel Feierstein, enero de 2019

Capítulo 1

La cuestión de la violencia

¿Sin negatividad no habría historia?

En un libro que aborda la temática de los derechos humanos, resulta absolutamente necesario tratar la cuestión de la violencia. Porque, precisamente, los derechos humanos intentan proteger a las personas de la violencia que les inflige el aparato estatal desbocado, excesivo, brutal, vejatorio. Y hoy más que nunca es preciso defender estos derechos, porque lo que reina en la historia es la violencia.

No estamos ante una historia angélica, una historia de amor, sino una historia violenta, una historia de odio que avanza por su lado malo. Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) decía: «la historia avanza por su lado malo». Se refería a su lado negativo. Para Hegel era una afirmación teórica, no moral. Para Hegel había un lado positivo de la historia, que era la afirmación de su primer momento. Luego venía necesariamente un lado negativo, que destruía a ese lado positivo. Y luego surgía un tercer momento de conciliación, en el que el lado positivo y el lado negativo se armonizaban en un tercer momento que él denominaba «el momento posibilitado por el Aufheben», el momento que superaba conservando, el momento de la conciliación que permitía la armonía.

Esta filosofía sobre la cual Hegel construyó todo su edificio teórico le permite afirmar que la historia avanza por su lado malo. Es decir, que si no hubiera negatividad, no habría historia. Consideremos, asimismo, que si no hubiera existido el pecado en el paraíso terrenal, tampoco hubiera habido historia.

El Génesis es el momento en el que se inicia el Antiguo Testamento. Hay un paraíso terrenal, un Dios que les dice a dos personajes desnudos e inocentes que ese lugar hermoso les pertenece y pueden vivir allí. El hombre es un impávido, un bobo, y la mujer es más inquieta y curiosa, como todavía lo es en la actualidad. De ese modo, la mujer quiere comer de un árbol que Dios prohibió: el árbol de la ciencia, del conocimiento. El hombre no debe conocer, dice Dios. Sólo Dios debe conocer. Así, cuando el ser humano conoce, peca. Conocimiento equivale a pecado. Pecado equivale a arrogancia ante Dios. Y es Eva, la mujer, la primera que toma el derecho de erguirse ante Dios y decir: «sí, yo voy a pecar

porque quiero conocer; quiero saber, aunque eso implique sufrimiento». Dios los echa del paraíso terrenal y la historia continúa con dolor. Adán y Eva tienen a sus dos hijos, Caín y Abel, y luego Caín mata a Abel.

Abel tiene un nombre inocente, que significa «soplo leve y efímero». En tanto, Caín significa posesión, y eso ya nos está revelando el enigma de todas las tragedias que han atravesado el espíritu del hombre a lo largo de la historia.

Espíritu de dominación y pulsión de muerte

La posesión implica dominación. Cuando uno quiere poseer algo es porque no lo tiene. Generalmente lo posee otro, y uno se lo quiere sacar. Esta condición del hombre es la tragedia de toda su vida, porque si el hombre no deseara todas las cosas que tiene el otro, la vida sería un poco más serena. Pero no es así. Caín es sinónimo de posesión y Caín es un asesino. La pulsión de poseer lo lleva a matar. Uno de los motivos de la violencia es la pulsión de poseer lo que está en el otro. La posesión implica el deseo de dominar al otro para poseerlo, para arrancarle lo que tiene. Así, el espíritu de posesión está animado por la pulsión de muerte, porque si el otro se resiste, debo matarlo. La pulsión de muerte también está animada por la voluntad de poder de Nietzsche. Es lo que mueve a un imperio que lucha a muerte por lo que quiere. El petróleo hoy existe en Irak, y es por eso que Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia —y si es necesario la OTAN— invaden los territorios islámicos: por el valor energético que tienen sus materias primas. Esa voluntad de poder no puede detenerse nunca, debe crecer constantemente para seguir siendo lo que es. Si el imperio norteamericano se quedara como es, se achicaría. Para crecer, tiene que expandirse permanentemente. Entonces la voluntad de poder, el espíritu de dominación, el espíritu de posesión, deben crecer todo el tiempo.

Esto lo sabía bien Adolf Hitler, quien muy temprano habló del espacio vital que Alemania necesitaba para ser sí misma, para ser verdaderamente Alemania. Y vaya si intentó una expansión del espíritu del Occidente que dijo representar. ¿Qué dijo Hitler que representaba? «Nosotros representamos el espíritu de Occidente».

¿Quién gana esta pelea? El que tiene menos miedo a morir. ¿A

morir por qué? A morir por su naturalidad, por su carnalidad. Es decir, si yo tengo un verdadero deseo de conquista, tengo un deseo de dominio. Y ese deseo de dominio es espiritual. En cambio, el miedo a perder la vida en la lucha no es espiritual, es carnal. Es el simple miedo a morir que puede tener el más deleznable animal que habita la tierra. El que abandona la lucha porque tiene miedo a morir se une a la animalidad, mientras que el que la continúa porque quiere que su espíritu de dominio triunfe sigue siendo un hombre, y sigue luchando para ser reconocido por otros. Esto implica una enorme paradoja, porque los otros, los que lo reconocen, se le han sometido. Y los que se le han sometido, lo han hecho por miedo. Y si se le han sometido por miedo, ya no son hombres. Han pasado a ser animales. Esta es la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel.

El mundo es de los amos porque tienen todo el poder bélico y mediático necesario para conquistarlo. En esa tarea se encuentra embarcado el imperio bélico-comunicacional, en apropiarse de este mundo, o en hacer que no esté en condiciones de sublevarse. El imperio jamás permitirá que nadie se subleve. Si alguien piensa hacerlo, que lo piense bien. Que lo piense sabiendo el poder que tiene enfrente. Sobre todo, eso.

Nietzsche y Hegel en disputa

En esa famosa dialéctica del amo y el esclavo, entonces, se enfrentan dos personas. Una tiene miedo a morir y la otra tiene menos miedo a morir y más deseos de someter a la otra. Al someterla, se constituye en el amo. Pero la otra queda reducida a una cosa, porque se ha sometido al deseo o a la *coseidad* de morir. Aquí el amo se entrega al goce, dado que tiene un esclavo. Todo parece muy fácil para el amo, pero el esclavo empieza a trabajar, y de ese modo comienza a hacer la historia. El esclavo hace la historia trabajando la materia. Esta resolución de la dialéctica en Hegel es un poco optimista. El amo no trabaja, el esclavo hace la historia y así va cobrando poder hasta que finalmente triunfa sobre el amo. Es el motivo por el que Marx le toma tanto cariño a esta dialéctica.

Nietzsche viene a agregar que lo que prima en el hombre es una voluntad de poder, que no tiene que ver con el trabajo sino con el

mundo de la vida, y con pertenecer al mundo de la vida en tanto voluntad de poder y devenir de la voluntad de poder. La voluntad de poder *deviene* porque existe, porque es un devenir de esa voluntad. Es un constante devenir de esa voluntad en sí misma que cada vez quiere tener más.

En un análisis de la violencia, deberíamos observar que todas estas teorías filosóficas van a confluir y chocar unas con otras. El hombre de la voluntad de poder va a chocar con el esclavo, el esclavo se va a sublevar contra el amo, el amo no podrá mantener perpetuamente su situación de comodidad. De hecho, Hegel está trabajando con los elementos de la Revolución Francesa, que es una gran revolución del pueblo bajo y de la burguesía. Es una de las grandes revoluciones triunfantes, aun con todo el desarrollo terrible que cobra posteriormente con Robespierre, Saint-Just, el terror y Napoleón, quien lleva los principios de la revolución por toda Europa.

La violencia existió, existe y existirá porque el hombre es violento. El hombre sabe que una de las formas fundamentales que tiene para conseguir algo es matar al otro. El hombre ha desobedecido una y otra vez los preceptos fundamentales de Dios. ¿Y cómo no va a desobedecer el «No matarás»? Se ha burlado del «No matarás». Se ha burlado del «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». En *El malestar en la cultura* (1930), Freud se ríe de ese principio. «¿Por qué voy a amar a mi prójimo como a mí mismo? —afirma— En todo caso podré amar a mi hijo como a mí mismo. Pero ¿qué tiene mi prójimo que sea como yo?».

Si Freud se burla de ese precepto, ¿cómo los hombres en batalla, lanzados a la bulimia de sus deseos, no van a violar el precepto bíblico «No matarás»? Viven violándolo.

Jesucristo como justificación de la tortura

Yendo al plano religioso, estrictamente del cristianismo, es necesario analizar la utilización que hizo la Iglesia Católica de la figura de Cristo. Cuando uno entra a una iglesia —salvo que esté absolutamente acostumbrado—, no puede sino impresionarse por la imagen de ese hombre en el altar, en una cruz, por el horror de sus heridas y de los clavos que atraviesan su carne. Es una figura muy

dolorosa. Es una figura que está expresando la tortura. A ese hombre se le ha aplicado meticulosamente un dolor técnico. Con tranquilidad, de a poco, se lo ha hecho sufrir.

Ese ser que sufre allí es nada menos que el hijo de Dios, el profeta de Nazaret, Jesucristo. Fue enviado por Dios para redimir nuestros pecados, y para ello debió sufrir de aquel modo. Todo ese sufrimiento que vemos allí fue por nosotros. Entonces, la pregunta inmediata que surge es: ¿qué hemos sufrido nosotros por él? Y también: ¿qué *tendremos* que sufrir por él? ¿Estamos dispuestos a sufrir por él? Estamos en deuda con él, porque él sufrió todo eso por nosotros y nosotros aún no hemos sufrido nada por él. El profeta de Nazaret, desde la cruz, sangrante, muerto, torturado, nos está exigiendo que, ya que nos ha redimido de la culpa, hagamos algo en la vida para ser dignos de semejante sacrificio. Se trata de un sacrificio tan profundo que llega a los extremos de la duda, porque en determinado momento Jesús se asoma al borde explícitamente fino y estrecho de dudar de la figura del padre, y pregunta: «Padre, ¿por qué me has abandonado?». Al momento de hacer esa pregunta todos sus dolores deben haberse agudizado, porque seguramente su fe en la figura del padre lo sostenía, le permitía tolerar ese infinito horror. Pero una vez que la perdió, que siente que su padre lo abandonó, el dolor se multiplica. Entonces, ese Cristo en la cruz ha muerto con un dolor espantoso y con una duda absoluta. Así se instala la figura de Jesús y así comienza la Iglesia Católica.

En la Edad Media, se instaura la Iglesia de Pedro: «Sobre esta piedra construirás una iglesia», de un modo absolutamente vertical. Durante toda la Edad Media, durante todo el funcionamiento de la Inquisición, la figura del Cristo torturado justificó la tortura de Torquemada. «Si nuestro señor Dios fue torturado hasta tal punto, imagínate tú, pecador, hasta qué punto te torturaremos. No esperes perdón. Tendrás castigo como lo tuvo nuestro Señor en la cruz. No habrá para ti el perdón que él no tuvo. Él no lo tuvo, y tú no lo tendrás».

Entonces ese Cristo, que vino a este mundo a redimir nuestros pecados, termina siendo utilizado por la Iglesia inquisitorial para hacer de esos pecados un instrumento de castigo. Hacen de ese Cristo bondadoso un Cristo que juzga y que doblega al pecador. Sus heridas son heridas a infligir al pecador ínfimo, terrestre, para

torturarlo y para que confiese sus pecados. En esto se ha transformado la Iglesia estatal, la bondad de Jesús.

Capítulo 2

Dios y los derechos humanos

Naturaleza esencial de los derechos humanos

En el estudio de los derechos humanos hay complejos errores y modos equivocados de abordar un tema tan importante. Apuesto a poder erradicar algunos de ellos.

Los derechos humanos protegen a quienes son agredidos por los poderes del Estado. Vale decir, son los derechos de la sociedad civil, y no los de los agentes estatales.

No es infrecuente ver escenas como, por ejemplo, el entierro de un comisario, donde los policías comienzan a preguntar dónde están sus derechos humanos. «¿Qué derechos humanos tiene el policía?». Hay una respuesta muy clara. Los derechos humanos del policía que yace ahí corresponden al Estado. Es el Estado el que se encarga de los derechos humanos de los que trabajan para él. Los derechos humanos de los que trabajan para el Estado forman parte de la justicia del Estado. Los derechos humanos de la civilidad que son agredidos por el Estado —por aquellos miembros del Estado que actúan inconveniente, exagerada, desbocada y ultrajantemente, que vejan, torturan, desaparecen y atropellan a los ciudadanos— corresponden a las instituciones civiles encargadas de defender los derechos humanos.

Los derechos humanos son instituciones civiles de la civilidad. El Estado defiende a los suyos desde la juricidad del Estado. También debe defendernos a todos desde la juricidad del Estado. No obstante, a veces, el Estado —desde dictaduras, desde «excesos» de instituciones a las que «se les va la mano» o se les permite una exagerada actuación— en lugar de defendernos nos ataca. Entonces recurrimos a las agrupaciones civiles que se ocupan de actuar y de juzgar los excesos del Estado. Porque el Estado suele matar, y más que eso también.

El teórico inglés Thomas Hobbes (1588-1679) inventó la figura del Leviatán, una bestia bíblica en la que los hombres depositaban su voluntad para que los armonizara y pudieran vivir en paz. Pero para vivir en paz, debían entregar su libertad al Estado. Esto funciona hasta cierto punto, porque no es posible quedar totalmente carente de libertad. Entonces existe un delicado equilibrio entre el Estado y la libertad de los sujetos de la sociedad civil. El Estado

debe respetar a todos los ciudadanos y debe saber que toda vida es sagrada. Toda existencia es sagrada. Cuando el Estado viola esta norma, está violando los derechos humanos. Y para eso se constituyen las organizaciones de derechos humanos.

¿Un despertar en la conciencia de la humanidad?

Luego de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) era lógico que temas como los derechos humanos pasaran a un primer plano. Una catástrofe tan impresionante, que costó 50 millones de muertos, no podía sino despertar la conciencia de la humanidad. Comenzaron a expresarse múltiples reflexiones sobre el Holocausto y los derechos humanos, y el 10 de diciembre de 1948, en París, se estableció la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Fue posible establecerla, pero también sería necesario sostenerla. Pronto veremos qué clase de *ser* es el hombre y si con declaraciones humanistas es posible encauzarlo en el sentido del bien.

La Declaración de los Derechos Humanos es una biblia del humanismo. Y por humanismo me refiero a aquello que dice cómo debe ser el hombre, cómo quisiéramos que fuera el hombre, lo mejor del hombre. Son las Naciones Unidas las que plantean este deseo de hombre casi perfecto, que quizás al muy poco tiempo deje de serlo, pero al menos ha quedado establecido el modelo de cómo debería ser. En primer lugar, se postula que todos los hombres nacen iguales y libres sin distinción de raza, religión u opinión política. Este es uno de los primeros y fundamentales postulados de la declaración. Son principios que tienen el valor de los principios bíblicos, que no pueden ser violados sin que se viole la esencia de la condición humana. Cualquier sociedad que viole estos principios estará violando lo esencial del hombre, lo esencial de la condición humana. Por ejemplo, cualquier sociedad que incurra en la tortura estará violando estos principios que enunciamos.

La tortura se ha aplicado a lo largo de todos los siglos, pero en 1948, cuando las Naciones Unidas lanzan la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ya comenzaba a aplicarse en Indochina, luego en Argelia, en Vietnam y hoy en Irak.

¿Por qué tortura el hombre? ¿Por qué hoy todo el mundo sabe que se tortura en Guantánamo o en Irak y todos lo toleran? ¿Por

qué la hermosa Declaración de los Derechos Humanos que respalda las Naciones Unidas es tan bastardeada, como Hitler bastardeó la Sociedad de las Naciones en la década del 30? Pareciera que las declaraciones de las bellas sociedades que se reúnen y hacen hermosos manifiestos no sirven a la hora de frenar a los matarifes. Ocurre que los matarifes no se guían por los grandes manifiestos de las buenas conciencias. Ocurre que las buenas conciencias no hacen la historia. La historia la hacen las malas conciencias en busca de elementos metalíferos que otorguen riquezas a las grandes naciones. Allí donde esté la riqueza, estarán las grandes naciones, buscando la energía que necesitan para continuar siendo grandes naciones. Y no importan todas las declaraciones que se hayan hecho a lo largo de la historia. Hitler decía: «los tratados son papeles, y los papeles se rompen». Y así se rompen todas las hermosas declaraciones que hizo la humanidad, si hay que buscar energía en algún lejano territorio, si hay que torturar para conseguirla.

El poder pastoral como modalidad policial

La tortura fue un arma fundamental durante la Edad Media. La Inquisición torturaba para castigar a los pecadores y para hacerles sentir el rigor de la ira de Dios ante sus acciones.

Se trataba de un orden muy vertical. Había un Dios, y ese Dios era el que detentaba la verdad y la revelaba a los hombres. Pero no a todos los hombres. La revelaba sobre todo a un hombre: el Papa. El Papa, a su vez, la revelaba a los pastores. Los pastores la revelaban a los pequeños pastores de los pueblos, quienes tenían sus rebaños, sus manadas, que eran los hombres sencillos que los seguían. Luego la verdad era conocida por estos hombres sencillos en el ámbito de la confesión. El poder pastoral es el de la confesión.

Michel Foucault (1926-1984) analiza muy bien este tema. ¿Cuál es el poder de la Iglesia en el Medioevo? Son dos grandes poderes. Todos conocen el de la Inquisición, pero el poder pastoral es mucho más fascinante. Cuando el párroco recibe al pecador en el cubículo de la confesión, y el pecador, a través de esa separación llena de pequeños orificios, comienza a hablarle y a confesarle sus pecados, le está declarando las impurezas que lo constituyen. «Oh padre, he pecado porque…». Quizás él no haya pecado, porque los pecados

los ha establecido la Iglesia. Lo que él cree que es pecado son los pecados que ha establecido la Iglesia. Quizá no haya pecado, pero ha hecho lo que la Iglesia dice que es pecado. Entonces le dice al cura que ha pecado. El cura le indica lo que tiene que hacer para redimirse. Este hombre sale contento del confesionario, sale libre y puro, pero el cura tiene una información sobre él, y él no tiene ninguna información sobre el cura. En el confesionario se da una relación de información «policial». El cura sabe todo del que vino y el que vino se va y no sabe nada sobre el cura. Es un sistema de información policial que la Iglesia tiene en cada villa en la Edad Media. Este es el poder pastoral. Se trata de un enorme poder. Los hombres se sienten nada, se sienten manada, se sienten corderos que van detrás de los pastores. Los pastores son los curas, y los hombres son una manada que sigue a los pastores porque son los representantes de Dios. La historia transcurrió de este modo durante trece siglos, porque los pastores predecían que este valle de lágrimas conducía al Reino de los Cielos, que esperaba luego de la muerte. Así, la historia vivió en la modalidad de lo inmóvil.

El derrumbe del mundo medieval

El poder del orden feudal ha logrado imponer una promesa divina junto con la Iglesia. La Iglesia promete que más allá de este desdichado mundo hay un reino, un reino de plenitud, que es el Reino de los Cielos. Allí, este Dios que nos vigila constantemente y que nos exige tantos sacrificios en su nombre nos va recibir y nos va a otorgar todo tipo de felicidades. No hay factor más poderoso que la esperanza. La esperanza puede colmar toda vida si no hay otra cosa más que lo que hay. Esto sucedía en la Edad Media, donde sólo había lo que había: el orden feudal y el cristianismo.

El cristianismo se sostenía por el poder de la Inquisición y del señor feudal. El hombre sencillo, el hombre de Dios, simplemente esperaba, esperaba y esperaba. No había ninguna posibilidad de rebelión, porque la rebelión existe cuando *otra cosa* es posible. Pero si ninguna otra cosa ha aparecido en el horizonte de la historia, no puede surgir la rebelión.

Esta situación comienza a quebrarse en 1637, cuando René Descartes (1596-1650) publica en Holanda *El discurso del método*.

Debe irse a Holanda para hacerlo, porque allí hay más libertad. Antes fue quemado Giordano Bruno (1548-1600), antes abjuró Galileo y muchísimos otros fueron quemados vivos por la Inquisición. En ese entonces no había derechos humanos para nadie. Allí donde se afirmaba que reinaba «la religión del amor de Jesús de Nazaret», sólo reinaban el terror, la violencia y la tortura.

Entonces, cuando aparece *El discurso del método*, aparece la historia, porque el hombre es puesto en la centralidad. Cuando Descartes dice «dudo de todo», duda de Dios. Y al dudar de Dios, el mundo medieval se derrumba.

Existe una constante a lo largo de todas estas reflexiones: Dios y los derechos humanos. ¿Cómo es posible? —se preguntan, desalentados, muchos teólogos—, ¿cómo es posible que Dios permita este mundo? No son ya preguntas de un ateo, de un agnóstico, sino de teólogos, hombres de Dios y hombres que han perdido su fe a lo largo de los años y a lo largo de la historia. ¿Cómo es posible que haya tanto mal en el mundo si Dios interviene en él? ¿O es que Dios no se da cuenta? ¿Dios ignoraba Auschwitz? ¿Dios ignoraba el genocidio armenio? ¿Dios ignoraba la ESMA? ¿Dios ignoraba lo que hizo Pol Pot en Camboya? ¿Dios ignoraba las matanzas en Vietnam, en Argelia? ¿Cómo es posible? ¿Este es el Dios amante que hemos leído en la Biblia y especialmente en el Nuevo Testamento? ¿Este es el Dios que nos mandó a su hijo a morir por nuestros pecados?

Nosotros creemos, dirán muchos de ellos como Karl Löwith o Hans Jonas —por citar a dos de los más grandes discípulos de Heidegger—, que si Dios existe, definitivamente hay en él una gran parte del mal. Primo Levi dice: «Existe Auschwitz, no existe Dios».

Capítulo 3

Satanás y los derechos humanos

El pecado como instrumento de dominación

Vamos a hacer un viaje a la Edad Media y a intentar analizar qué era el pecado en esa época, porque allí donde esté el pecado para la Iglesia, para Dios, para el Papa o para cualquier sacerdote, está Satanás. Satanás es el creador del pecado. Satanás es el que incitó a Eva a pecar y con ello inició la historia humana, que comienza así como desobediencia y arroja a los seres humanos a la experiencia del dolor y de ganarse el pan con el sudor de su frente. Son, al parecer, las cosas más terribles a las que Dios podía condenar a los hombres.

La historia humana comienza como pecado porque Eva, sobre todo Eva, la mujer, cuestiona el orden del paraíso terrenal. El paraíso terrenal era el lugar donde nunca nada cambiaba ni cambiaría jamás. Al cometer el pecado, Eva introduce la historia, y la historia es precisamente lo que cambia.

La Edad Media es una etapa larga, de unos trece siglos, en los cuales domina la idea de un Dios que tiene la verdad en sí, que es la fuente de la verdad. La estructura de la Edad Media es una estructura esencial de la espera. El hombre vive en un valle de lágrimas donde sabe que está para sufrir, pero tiene la promesa divina de que luego llegará al Reino de los Cielos, donde tendrá una existencia plena junto al Señor. El hombre pasó así trece siglos sometido a la fe. La fe lo hizo enmudecer. Pero también lo hizo enmudecer el miedo, porque el pecado tenía un costo muy alto. El pecado era provocado por Satanás.

La figura de Satanás fue instrumentada por el poder eclesiástico inquisitorial de la Edad Media de un modo muy eficaz: «si ustedes pecan, van a caer en las garras de Satanás, y Satanás es el infierno». La gente creía en Satanás y en el infierno. Creer en Satanás es creer en la forma del mal. El problema del mal es muy serio y hay que tratarlo en la Edad Media también. ¿Dónde estaba el mal? Nadie se lo preguntaba porque todos veían el bien: el bien del señor, de Dios, de la Iglesia, de los sacerdotes. Sin embargo, la Inquisición logró encontrar el pecado en todas partes, con lo que logró encontrar a Satanás en todas partes. Satanás es, según la leyenda bíblica, un ángel caído del reino de Dios. Un ángel inteligentísimo que se

entrega al mal y a captar las almas para quitárselas al Señor. Las almas perdidas caerán en las garras de Satanás. El pecado es el camino directo a Satanás. Entonces, aquel que comete un pecado debe ir urgentemente a decírselo a su pastor en el confesionario. El pastor lo escucha y ya tiene un dominio sobre ese hombre.

San Agustín: un hombre de pasiones encontradas

Uno de los personajes más fascinantes de la Edad Media es San Agustín, autor de las *Confesiones* (397-398), valientes confesiones. San Agustín es un hombre de terribles pasiones encontradas entre sí. Tiene la pasión por Dios y la pasión por la carne, la pasión del sexo, la pasión por el pecado. San Agustín ha sido educado así: «el pecado es el pecado de la carne». Es tal su pulsión hacia el sexo, hacia la carne, que lo lleva a pecar. Entonces, ¿cómo no va a quejarse ante Dios? «Dios, Señor, si me prohibiste pecar, ¿por qué pusiste tanto deseo en mí?», lo cual es un genuino reproche. Si Dios le ha prohibido el pecado de la carne, le ha prohibido el sexo, ¿por qué ha puesto en él semejante deseo? Así, no puede cumplir con lo que Dios le pide, porque Dios mismo se lo impide al haberlo dotado de un poder sexual tan grande. Entonces el sufrimiento de San Agustín es enorme y pareciera no tener solución.

San Agustín comete un robo, por ejemplo, simplemente por la banalidad, la superficialidad, de cometer un robo. Por gozar del pecado mismo. Este es un gran tema existencial de la literatura y de los grandes personajes de Dostoievski. Se peca para gozar del pecado y se sufre por pecar, pero no importa, se peca igual. El creyente atormentado quiere sufrir por su Dios. En sus confesiones, San Agustín dice: «yo apetezco algo en la ignominia. Lo que apetezco en la ignominia es la ignominia. Lo que yo apetezco o deseo de la ignominia es la ignominia misma. Es la ignominia la que satisface mi deseo, porque mi deseo es verme a mí mismo ignominioso, hundido en la ignominia, y al hundirme en la ignominia mi deseo queda colmado».

Se trata de un personaje existencial, novelesco, enormemente valioso, y mucho más valioso que Santo Tomás de Aquino. Agustín, justamente, escribe las «confesiones». Aquino en cambio se ocupa de demostrar la existencia de Dios.

El hombre medieval vivía en una constante infelicidad porque esta misma cuestión que manifiesta Agustín es expresada por muchos otros hombres. Sentían el llamado de la carne, que en última instancia era el llamado de Satanás. Lo que el cura le había dicho al pecador en el confesionario era que cuando sentía el deseo de la carne, ese era Satanás tentándolo, y así el pecador sabe que su destino es el infierno. De modo que el pecador debe seguir al rebaño, porque si no, también está el tribunal de la Inquisición, que es la gran institución de la Iglesia medieval. Un tribunal inquisitorial a cargo de Torquemada que se ocupa de quemar brujas, de torturar pecadores, de decidir arbitrariamente quién es un pecador y quién no, quién es un santo y quién no. El poder de Torquemada llega a ser absoluto.

Así, lo que hay en la Edad Media es terror. Terror a ceder al pecado. El mismo Agustín le dice a Dios que se cruzó con una mujer que lo tentó y lo invitó a entrar con ella y él apenas si pudo controlarse. Pero entonces, aquí está el terror. *Apenas* pudo controlarse. ¿Y cuando no pueda controlarse? ¿Qué va a pasar cuando no pueda controlarse y caiga y se hunda en el pecado, en el reino de Satanás?

La desobediencia fundante

En la Edad Media era absurdo plantear los derechos humanos. No había derechos para los hombres. Los derechos venían de Dios. Vale decir, se trata de una sociedad vertical que remite a la figura divina. La figura divina se encarna en una estructura que es la Iglesia Católica, que también es una estructura verticalista, empezando por el Papa y terminando por el pastor que confiesa al pecador en el confesionario. Entonces, no hay derechos humanos. No hay libertad. Donde no hay libertad, no puede haber derechos humanos. Y en la Edad Media no hay libertad porque los hombres viven sometidos al terror de pecar y caer en las garras de Satanás.

La mujer es lo prohibido. La mujer, en la concepción cristiana, es la esencia del pecado, porque es la tentación de la carne. En ella se encarna el sexo y es ella la que hace pecar a Adán en el paraíso terrenal. Eva hace pecar a Adán. Adán era un badulaque que andaba por el paraíso de un lado a otro sin saber qué hacer con su

vida. Mucho no tenía que hacer con su vida en el paraíso terrenal realmente. Eva contrae una relación con la serpiente, que es Satanás. Y aquí podemos apreciar la importancia de Satanás para los derechos humanos. Satanás hace pecar a Eva, y Eva, con esa desobediencia fundante ante Dios, inicia la historia humana. Era necesario que Eva pecara, era necesario que Satanás la tentara, para que Adán y Eva fueran expulsados del paraíso y comenzara la historia humana. Si no, todavía andarían por el paraíso de un lado a otro y no habría habido historia humana.

El hombre inicia su historia luego de la desobediencia fundante que consistió en comer la manzana del árbol del conocimiento. Es decir que el hombre estaba condenado a no conocer. Por eso también la Edad Media es la edad de la brutalización del hombre. Cuando el hombre quiere conocer, peca, y Dios lo expulsa del paraíso terrenal. Esta expulsión abre la historia humana.

Así, hay una verdad que queda instaurada. El hombre comienza el devenir de su historia, pero en la Edad Media la verdad la tiene Dios. Y el saber, el comer del árbol del conocimiento, desde sus orígenes, condena al dolor. «Parirás con dolor», «te ganarás el pan con el sudor de tu frente». Dios los expulsa y comienza una historia de dolor, de tragedia y también de alegrías profundas, porque al menos el hombre es dueño de sus actos, hasta que se instaura de nuevo el reino de Dios en la tierra, durante la Edad Media, donde Satanás está presente en el pecado con el que constantemente la Iglesia amenaza al posible pecador.

La Iglesia repite con insistencia: «¡No peques!». El pecador no quiere pecar, pero las tentaciones son muy grandes. Aquí tenemos todo un drama existencial, un culebrón. «Yo no quiero pecar, quiero ser puro, quiero ir al Reino de los Cielos y no caer en las garras de Satanás. Pero, ¡oh, Dios mío! ¿Por qué pusiste en mí tantos deseos de pecar que mi vida es tan difícil?».

Entonces este hombre, que ha comido del árbol del conocimiento, durante la Edad Media lo olvida. Olvida que alguna vez comió del árbol del conocimiento para poder pensar por su cuenta —hecho que recién ocurre con Descartes en 1637— y durante la Edad Media no piensa. Vive sometido al señor feudal, a la Iglesia. En la Edad Media no hay libertad. El hombre está en camino hacia el Reino de Dios. La clave de esta cuestión reside en la

desvalorización total de la vida en la tierra. «Tu vida aquí en la tierra no tiene valor. Si sufres está bien, porque tu vida aquí es un valle de lágrimas, pero te espera la promesa divina del Reino de los Cielos».

La democracia como freno a los absolutos

La misión de la Inquisición es perseguir a los pecadores, pero no se sabe qué es ser un pecador. En verdad, la efectividad del terror consiste en que nadie sepa qué es lo que hay que hacer o no para evitar el castigo. Esta fuerza que tiene la idea de que el pecado puede ser cualquier cosa que disguste al poder es terriblemente terrorífica. De todos modos, está claro que los que desafían el orden establecido serán castigados. Este orden de la Iglesia de Jesús, del pobre de Nazaret, que había venido a predicar el amor entre los hombres, y por el que los hombres terminan edificando una Iglesia basada en el terror, tiene un orden científico y teológico que es su basamento, pero que es imposible discutir. No se puede discutir la concepción que la Iglesia tiene de la ciencia. Cuando Giordano Bruno (1548-1600) lo discute, lo queman en la hoguera. De modo que el terror de los sabios, de los investigadores, es muy grande. Galileo Galilei se retracta.

Entonces, como sabemos, todo régimen autoritario reprime desde un absoluto, que puede ser el partido, la democracia occidental o el dogma eclesiástico, tal como lo era en la etapa de la Inquisición. Se necesita de un absoluto para reprimir desde ahí. Todo absoluto está contra los derechos humanos, porque la esencia de los derechos humanos es la libertad. No puede haber derechos humanos sin libertad, y todo régimen autoritario elimina la libertad. No puede haber libertad bajo el autoritarismo. El autoritarismo sólo concibe lo uno, sólo existe lo uno. Esa es la concepción de lo autoritario. Lo antiautoritario es la valoración de lo múltiple. También lo múltiple se concibe con contradicciones, antagonismos y luchas internas, pero es lo múltiple. En cambio, cuando el terror se impone, se impone lo uno, como cuando se impone la Inquisición en la Edad Media.

El terror de cada uno de ser el Otro del poder es enorme: que el poder te señale como el Otro, con mayúsculas, que te diga «sos el

enemigo del poder. El poder no puede realizarse por la existencia de hombres o mujeres como vos. Entonces, te vamos a castigar».

Así, los derechos humanos deben rehuir la existencia de poderes absolutos. Porque si el poder me dice eso, yo tengo que decir, ante todo, que voy a buscar a mis abogados para que me defiendan. Pero dentro de un poder absoluto no hay un régimen social, incluso de organizaciones de derechos humanos, que defienda a los atacados por el poder.

No se puede, entonces, establecer condenas desde los absolutos. Toda la Edad Media funcionó desde el absoluto de la idea de Dios.

Contrariamente a este poder eclesiástico terrorífico que encarnó Torquemada, se abre la idea del Estado democrático. El Estado democrático es aquel que puede juzgar, pero basándose en una ley que ha sido acordada por todos. En el Estado democrático, la libertad —que es lo estamos planteando como fundamento de los derechos humanos— es la que tiene que reinar. Ahora, las organizaciones de derechos humanos están para juzgar al Estado, porque si bien se puede consagrar democráticamente al Estado, este puede desviarse de la vía democrática. Entonces están las organizaciones del pueblo, de la civilidad, entre las cuales figuran las de los derechos humanos, que juzgan los desvíos del Estado.

Torquemada habría sido atacado por las organizaciones de derechos humanos, pero Torquemada se hubiera ocupado de que no existieran organizaciones de derechos humanos durante la Edad Media, tal como no existieron. Las organizaciones de derechos humanos son una conquista de la democracia. Por eso debemos ser tan celosos en su cuidado.

Para concluir, Satanás es la figura del pecado. Y bajo un régimen de terror, que dice que aquel que peca cae en las garras de Satanás y debe ser castigado, no puede haber libertad. El hombre debe tener la libertad de poder vivir en un régimen que esté, a su vez, vigilado por las organizaciones que el pueblo elige para controlar el funcionamiento del Estado. El Estado no es autónomo. La sociedad tampoco es autónoma. Forman un todo. Ese todo se ha organizado para que todos se comprendan y comprendan las razones de los otros. Y, si entran en conflicto, que esos conflictos se resuelvan racionalmente, no apelando, sobre todo, a la violencia, sino a la posible, y cada vez más posible, comprensión entre los unos y los

otros.

Capítulo 4

La embestida colonialista

Rudyard Kipling, poeta del colonialismo

¿Qué otra cosa sino el colonialismo podría conllevar en sí la violencia? ¿Por qué? Porque el colonialismo, justamente, implica entrar a donde uno no ha sido llamado. Implica entrar en países que no son los de uno. El colonialismo es eso: entrar en países que uno quiere para sí, pero que no son suyos. Entonces la violencia es un elemento casi insoslayable. A veces, es cierto, los países colonialistas son bien recibidos, pero en general entran a sangre y fuego.

El colonialismo moderno ha inventado categorías culturales para su empresa. Vale decir, cuando el colonialismo entra en un lugar, con él entra la cultura. Y uno de los más grandes teóricos del colonialismo, que fue Rudyard Kipling (1865-1936), llamó a esta tarea «la pesada carga del hombre blanco». Tiene así algo mítico. La pesada carga del hombre blanco es nada menos que la de civilizar al resto del mundo. Esta es la pesada carga que tiene el hombre blanco. Porque no todos los países han estado siempre dentro de la historia. No. Los que han estado siempre dentro de la historia son los países occidentales. Esos son los países del hombre blanco. Esos son los países de la civilización. Lo que se quiere significar con civilización, en rigor, es «blanco», «culto», «historia», «estar dentro de la historia». Y lo que está fuera de la historia, lo que no pertenece a ella, es la barbarie. Los países que están fuera de la historia, los que todavía no han sido colonizados por los países civilizados, son los países bárbaros.

Entonces, el hombre civilizado tiene derecho a matar a un bárbaro porque el bárbaro no es un hombre. No se es un hombre así como así. Hay que *hacerse* un hombre. Un hombre no es una cosa de todos los días. Un hombre es lo que dice Rudyard Kipling en su célebre poema *If* (1896). «Si», el condicional «si», que dice en una de sus partes:

> «Si sabes confiar en ti mismo
> cuando todos dudan de ti,
> pero te haces también cargo
> de sus dudas.

(…) Si te sabes encontrar
con el éxito y el fracaso,
y tratar a esos dos impostores
por igual (…)
Si sabes seguir cuando no
queda nada en ti
excepto la voluntad que te dice:
¡Avanza!
Si sabes llenar el inexorable
minuto con el poderoso valor
de sesenta segundos…
Tuya es la tierra y todas las
cosas que hay en ella,
y lo que es más:
serás un hombre, hijo mío».

Este es el poema del hombre imperialista. Uno se siente poderoso cuando lo lee, y también se siente una basura, porque sabe que es muy difícil llegar a ser un hombre así. Este poema le hubiera gustado mucho a Friedrich Nietzsche. Y es un gran poema. Tiene otra parte donde dice: «Si eres capaz de jugártelo todo en una sola mano, a cara o cruz, y perder, y empezar de nuevo como si nada…».

Este tipo de hombre que describe Kipling es muy especial. Es el hombre diseñado por la cultura, por el poder, es el hombre que lleva la pesada carga de conquistar toda la tierra y hacer de ella un solo imperio: el imperio de la civilización.

El capitalismo chorrea sangre y lodo

El colonialismo fue el proceso más violento de la historia del hombre. El colonialismo capitalista comienza para nosotros en 1492, cuando Colón llega a América.

Se trata de un proceso tan violento, que podríamos afirmar que en esa primera aventura colonial fueron arrasados todos los pueblos originarios del continente. Y no hablemos de los derechos humanos. Nadie pensaba en los derechos humanos. No existían. Existía la ambición de oro y de riquezas. Y fundamentalmente, los indios no

eran considerados humanos. No tenían corazón, no tenían nada, porque el Evangelio no los cubría. La cruz no los evangelizaba, no les daba un alma. Entonces se los barría como basura. Y luego a todos los demás pueblos que el colonialismo habrá de arrasar: a los pieles rojas, a los negros en el África, a los asiáticos, a los indios, las masacres infinitas que se harán hasta que Inglaterra se va consolidando en el siglo XIX como la nación industrialista y capitalista del mundo.

Es lo que Karl Marx (1818-1883) ha denominado *acumulación originaria del capital* (capítulo 24 de *El capital*). Marx sostiene que el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo. Y es absolutamente cierto. Pero los conquistadores, los que buscan el capital iniciático, no se detienen en esta cuestión. Hay una historia ingenua, dice Marx. El capitalismo narra una versión según la cual había una pandilla de vagos que no hacían nada, y unos muchachos muy trabajadores, que hicieron un capital, los contrataron y se los llevaron a la fábrica. Lo cierto es que la explotación de todas las regiones se tradujo en explotación y traslado del oro de América Latina, que fundamentalmente fue llevado a Gran Bretaña por los piratas. A su vez, hubo saqueos de esclavos y de minas aborígenes. Las minas aborígenes son paisajes inimaginables para nosotros. Son formas de explotación que el colonialismo ha hecho en América, India, China, que colaboran al desarrollo de la burguesía, una clase a la que Marx admira profundamente. Marx dice: «No ha habido una clase más dinámica que la burguesía». La burguesía ha transformado al mundo y Marx apoya su desarrollo, porque afirma que con él vendrá su muerte. La burguesía engendrará al proletariado, y el proletariado le dará muerte a la burguesía.

Todo lo que hace el colonialismo, lo hace por la violencia. La violencia se basa en el dolor. Si el hombre no sufriera, la violencia no serviría para nada. La cuestión central es que el hombre siente dolor. El hombre sufre. Si a uno le pusieran un hierro candente y no le pasara nada, la violencia y la tortura no tendrían el efecto que tienen. Si a uno le tiraran cinco balas y siguiera vivo, tampoco.

Conversé más de una vez con dos custodios del fallecido metalúrgico Lorenzo Miguel, especialmente con uno, en un tren a Mendoza en el año 1975, y no le dije quién era. Después de contarme cosas terribles me confesó: «¿Sabe por qué nuestro trabajo

funciona tan bien? Porque la gente le tiene tanto apego a la vida que es difícil de entender».

¿Agradecer a los invasores?

El investigador William Howitt, citado por Marx en *El capital*, lanza una frase de una contundencia tal que estremece: «Los ultrajes de las razas cristianas contra los diversos pueblos no encuentran paralelo en la historia».

Esos ultrajes han sido muy grandes y muy ocultos, porque se los consideró necesarios. Si uno menciona la matanza de los indios en Estados Unidos no lo miran bien, porque «Estados Unidos se hizo así, ¿y qué?». La violencia colonial no se detiene. «Estados Unidos tiene que defenderse del terrorismo islámico, ¿y qué?».

Además, siempre está la ideología fundamental del colonialismo: el colonialismo enfrenta a inferiores. El racista dice: «nosotros enfrentamos a seres inferiores, no a iguales. Y cuando entramos a un país, es para enseñarle lo que ese país debe aprender. Y si no entramos nosotros, no lo van a aprender. Entonces, nuestra tarea es la pesada carga del hombre blanco. ¿O no leyó usted a Rudyard Kipling, mi amigo?». Este es el concepto del hombre colonialista. La pesada carga del hombre colonialista es la de educar a todos los pueblos del planeta. Es la de entrar, aun a sangre y fuego, en pueblos que, a pesar de los muertos, las violaciones y las devastaciones, tienen que terminar agradeciéndole al invasor lo que trae. Entonces, ¿a qué quejarse de la tarea que hace el que lleva la civilización, la modernidad, la cultura, que es, por supuesto, la cultura del país colonizador?

El colonialismo lleva una filosofía de la superación. «Ustedes van a superarse», propugna. Hay una superación espiritual, una superación cultural, entran en la línea del progreso, en el tren de la historia… ¿qué más quieren que les traigamos? ¡Si hasta van a aprender a hablar en inglés!

Así aparece la figura del *cipayo*. El cipayo es el que adhiere a la dominación del británico. Se han hecho películas totalmente ofensivas contra los pueblos que han conquistado los ingleses, pero muy divertidas, como *Gunga Din* o *La fiesta inolvidable*, con Peter Sellers tocando la trompeta o tratando de atarse las sandalias y

apoyando el pie sobre una bomba que hace estallar el fuerte.

Es decir, a lo largo del tiempo, los mismos colonialistas se burlan del colonialismo y de los colonizados, pero la rebelión y la sangre siempre están imperando.

Una sola violencia legítima

La pregunta acerca de si hay una violencia legítima pareciera absurda, porque en un mundo en el que se mata a cada segundo, es como preguntarse si hay arena en el desierto. ¿Hay una violencia legítima? Sí, pero no sé si esa violencia es legítima. Lo cierto es que hay una violencia fáctica brutal constante, que no se detiene jamás, y que el mundo está basado en ella.

Es una violencia de todo tipo: individual, social, política.

No obstante nosotros, que estamos deliberadamente en contra de la violencia, que escribimos estas líneas sobre los derechos humanos porque no queremos que se mate ni a los hombres, ni a las mujeres, ni a los niños, que creemos que la historia no tendrá ningún sentido moral ni avanzará legítimamente hacia ninguna parte mientras se justifique la violencia y que sin embargo estamos azorados ante este avance de la historia por la violencia, podemos decir que hay una sola violencia legítima: la violencia es legítima cuando un pueblo es sometido y se levanta contra otro. La violencia de nuestros próceres de Mayo. La violencia del pueblo argelino, del pueblo vietnamita y la violencia de hoy en Irak. Esas son violencias legítimas, porque la violencia del colonialismo de Estados Unidos vuelve legítima la violencia de los guerrilleros iraquíes. No los estaban esperando ni querían que fueran allí. ¿Qué hacen allí? Si se van, esa gente no va a matar a nadie. Están matando porque los norteamericanos han ido a meterse allí. Ellos son los que están despertando la violencia.

La violencia también está en la desigualdad del capitalismo. Ya no hay comunismo, pero el capitalismo —la esencial, profunda y abismal desigualdad del capitalismo— es violencia. Es expulsión de la sociedad civil, es marginación, es arrojo a la desesperación. Entonces ¿qué hace el imperio? ¿Qué hacen los países y las ciudades opulentas? Levantan muros. ¿Hasta cuándo van a levantar muros? No necesitamos muros. Necesitamos un sistema económico que integre. Y no este, que es expulsivo y excluyente, que no integra

a nadie, porque está basado en la especulación del dinero y no en la productividad de la burguesía del verdadero capitalismo smithiano del siglo XIX.

El colonialismo es lo más despiadado que existe, porque el colonialista invade un territorio que considera poblado por inferiores, y los mata a todos. A la vez, los habitantes de las ciudades y los países opulentos también consideran que los inmigrantes que vienen a pedir trabajo, comida, abrigo y calor son inferiores, porque pertenecen a geografías inferiores. Porque este mundo cada vez se estrecha más. Este mundo cada vez es de menos gente y cada vez tiene más marginados.

Y ya que abordamos la cuestión del colonialismo, nuestro país padece una situación de injuria colonialista en las Islas Malvinas. Esas islas, llamadas Falklands por el invasor colonial, son una afrenta para nosotros y para el sistema jurídico internacional. Fueron tomadas ilegalmente por Gran Bretaña en la época de Rosas y aún son mantenidas ilegalmente. Fueron ganadas de nuevo en una guerra declarada por una junta militar criminal, detestada por todos los argentinos, o por buena parte de ellos. Esa guerra irresponsable mató a muchísimos jóvenes argentinos. Nosotros, todos, queremos que la batalla sea judicial, valiente y osada, porque lo judicial también puede ser valiente y osado. En esa tarea vamos a seguir. Queremos esas islas porque nos pertenecen, y queremos tener lo que nos pertenece. No queremos un territorio amputado. ¡Queremos ser un país entero! Si lo somos, ¿por qué nos van a quitar algo que es nuestro? Lo que es nuestro, es nuestro. No pedimos nada que no lo sea. De modo que esas islas son nuestras, y las vamos a seguir reclamando, mientras flotemos sobre las aguas de este mundo.

Capítulo 5

Alcances y limitaciones de las revoluciones socialistas

Revolución y terror

Abordar las revoluciones socialistas podría implicar ir de un fracaso a otro. No obstante, nuestro punto de partida no es un fracaso. Es una revolución triunfante que hizo la burguesía. Es la Revolución Francesa de 1789, cuyo símbolo más destellante es la toma de La Bastilla. Esta revolución fue posible porque los hombres decidieron variar la relación que tenían con Dios. En ese entonces se afirmaba que los reyes gobernaban por derecho divino, es decir, que ni más ni menos que Dios garantizaba, respaldaba y apoyaba el gobierno de un monarca. Los revolucionarios decidieron que de ninguna manera seguirían aceptando ese supuesto. Ya nada iba a ser por derecho divino.

La Revolución Francesa atraviesa distintas etapas. El grupo más destacado es el de los jacobinos, que es el grupo de izquierda, llamado así porque se ubicaban del lado izquierdo de la asamblea constituyente de la Revolución Francesa. El concepto de *jacobino* se convirtió en sinónimo de extremismo político. Son los jacobinos los que declaran y decretan los Derechos del Hombre y del Ciudadano, antecedente fundamental de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1948.

La Revolución Francesa es un proceso complejo y fascinante que se produce a través de varias etapas. Entre ellas, la fundamental es la decapitación de Luis XVI y María Antonieta, que conduce a la llamada «etapa del terror», que dirigen Robespierre y Saint-Just, su mano derecha.

Maximilien Robespierre (1758-1794) afirma: «El gobierno revolucionario debe, a todos los buenos ciudadanos, toda la protección nacional. A los enemigos del pueblo, sólo les debe la muerte».

Esto es una revolución que divide el campo en amigo y enemigo, como lo dice tan habitualmente el politólogo Carl Schmitt (1888-1985), seguido actualmente por politólogos que quieren estar de moda. Porque cuando los politólogos quieren estar de moda, se enteran de que otros politólogos, sobre todo en Europa, están leyendo a Carl Schmitt, y dicen: «Hay que leer a Carl Schmitt. ¿Leíste a Carl Schmitt?».

Carl Schmitt dice que cuando la sociedad se divide en amigos y enemigos produce frases como la de Robespierre: «La revolución, a los enemigos, sólo les debe la muerte».

La justicia revolucionaria no se plantea la cuestión de los derechos humanos. Se concibe a sí misma como incuestionable, absoluta. El revolucionario, y sobre todo el revolucionario iluminista y racionalista de la Revolución Francesa, no sólo considera que tiene razón sino que *es* la razón, la encarnación misma de la razón. Al ser la encarnación misma de la razón, los demás son seres irracionales, y el destino de estos seres no es auspicioso, porque es la razón la que debe gobernar.

Revolución y autoridad

En verdad resulta absurdo discutir el tema de la revolución y la autoridad. Una revolución debe ser autoritaria. Tradicionalmente, tal como las revoluciones lo han sido, una revolución se hace para sacar a un partido del poder y poner a otro. El que sacó al otro del poder no lo va a respetar, sino que lo va a perseguir y a encarcelar. Así es como se veía la idea de revolución. Hemos ido cambiando, y la idea de revolución dejó de verse porque no está en ninguna parte. Desdichadamente, la idea de revolución no existe, porque la revolución siempre consistió en cambiar la totalidad, y el mundo de hoy está fragmentado, y ya resulta muy difícil cambiar la totalidad. La globalización está manejada por el imperio, de modo que habría que hacer la revolución contra el imperio, y derrocarlo, para llamarse realmente revolución.

Pero en tiempos anteriores, Friedrich Engels (1820-1895) estaba muy influido por la Revolución Francesa y por las Revoluciones de 1848, que Marx refleja en su gran libro *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852). Uno de los textos de Engels, que se llama *De la autoridad* y es de 1872-1873, discute con quienes terminará por calificar de reaccionarios. La autoridad, define Engels, es la imposición de una voluntad sobre otros y la subordinación de estos otros a la voluntad reinante. Esta es la institución de un poder. Un poder se instituye y triunfa cuando puede dominar a los otros y someterlos a su autoridad. «¿Se puede prescindir de la autoridad?», pregunta Engels a los antiautoritarios, porque está discutiendo con

personas que dicen: «está mal ser autoritario, siempre hay que escuchar las razones de los otros». Engels les responde que una revolución debe ser autoritaria. «¿Ustedes nunca han visto una revolución? —pregunta a sus buenos y demócratas interlocutores—. «Una revolución es la cosa más autoritaria que existe. Y si no es autoritaria, entonces no es una revolución».

Engels continúa: «la revolución es el acto —veamos cómo el modelo de revolución para él es la Revolución Francesa— por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra a través de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay». Cuando dice fusiles, bayonetas y cañones se está refiriendo claramente a la Revolución Francesa. Y agrega: «para mantener el dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios».

Para Engels, en este texto, todo es muy simple. Se trata de hacer una revolución. Y una revolución debe tomar el poder. Cuando toma el poder, debe reprimir a los que sacó del poder. Para reprimirlos, necesita medios autoritarios. Los medios autoritarios son medios violentos, tales como los que se emplearon en la Revolución Francesa: fusiles, bayonetas y cañones. Si una revolución no quiere caer al día siguiente, tiene que aplicar estos métodos.

En el corpus teórico marxista, la violencia es fundamental. De aquí que el marxismo se lleve muy mal con la idea de democracia. De aquí que todos los marxismos del siglo XX no hayan sido en absoluto democráticos. Desde el comienzo niegan la noción de democracia porque conciben a la revolución como el sofocamiento de aquellos a quienes han derrocado. Vale decir que aquí los derechos humanos no están contemplados, al menos no los de aquellos a quienes la revolución derrotó. La revolución debe silenciar a sus derrocados por medio del terror. Esto dice Engels en su texto *De la autoridad*, un texto absolutamente claro. Y nosotros agradecemos que lo sea. La posición de Engels es esa. Y es también la posición del marxismo, causa por la cual los marxismos del siglo XX terminaron todos en dictaduras más o menos feroces.

Proletariado y vanguardia iluminada

El pasaje necesario e inevitable que tenemos que hacer, entonces, es el pasaje a la Revolución Rusa de 1917. La Revolución Rusa está definida a partir de su etapa leninista. Vladímir Lenin (1870-1924) la encabeza. Tiene una formación marxista que le indica que la revolución se hace con el proletariado industrial. No obstante, su problema es el mismo que tuvo aquí Mariano Moreno: al no contar con una burguesía que respaldara sus proyectos jacobinos, carecía de clase social que lo sostuviera. Lo mismo le pasa a Lenin. Lo que le enseña su lectura aplicada de *El capital* es que una revolución marxista se hace con el proletariado industrial como vanguardia, pero como vanguardia popular, vanguardia masiva. Lenin no lo tiene, no tiene proletariado industrial en esa Rusia atrasada que recién sale del zarismo, de la guerra. Tiene un campesinado. Entonces escribe el *¿Qué hacer?* (1902) para postular esa pregunta. Me falta un proletariado industrial, ¿qué hago? Y se le ocurren ideas que condujeron a puntos muy equivocados. Resuelve que no es necesario atravesar la etapa burguesa. Si tiene que esperar a que surja un proletariado industrial, tiene que esperar a que en Rusia se produzca un largo desarrollo de la etapa burguesa y no puede hacerlo, más aún cuando está convencido de que, bajo la burguesía, el proletariado se aburguesa a través del *tradeunionismo*, a través de los sindicatos. El sindicato tiene la misión de incorporar a la clase trabajadora al sistema capitalista. Entonces Lenin no confía en el desarrollo de la burguesía. «Hay que eliminar la etapa burguesa». ¿Cómo se la elimina? Desde las ideas, desde la vanguardia iluminada que tiene la teoría de la historia. Hay que darle a las masas la conciencia de clase. Pero es la vanguardia la que debe hacerlo. La vanguardia conoce las leyes de la historia, y con ese trabajo profundo sobre las masas —es decir, bajando la línea revolucionaria a las masas— se evitará la necesidad de atravesar la etapa burguesa para llegar a tener una conciencia socialista.

Lenin dice: «yo no tengo un proletariado industrial. Para tenerlo, debo esperar el desarrollo de toda una etapa burguesa. Elimino la etapa burguesa y sobre este enorme campesinado que tengo en Rusia dejo caer la doctrina revolucionaria marxista. Esa doctrina revolucionaria llevará a las masas a la ideología socialista. Para eso hace falta una ideología de vanguardia y una vanguardia ideológica».

Así, a lo que quiere llegar —y a lo que llega— es a lo que denomina «la dictadura del proletariado». Este concepto ya estaba en Marx. Marx dice: «de todos los elementos que he descubierto, el más valioso es la dictadura del proletariado». Engels dice: «la Comuna de París, ¡he ahí la dictadura del proletariado!». Entonces Lenin prosigue: «vamos a hacer la dictadura del proletariado».

Sin embargo, como dijéramos, no puede haber una dictadura del proletariado en Rusia, porque no había proletariado. ¿Cuál va a ser la dictadura del proletariado? Muy sencillo: la dictadura de ese grupo que posee la ideología del proletariado. Aunque el proletariado no esté, si están Lenin y sus compañeros, con la teoría de la vanguardia revolucionaria, bajarán esa línea al campesinado hasta tornarlo revolucionario y socialista, y con esa base social harán la revolución.

Aquí empieza a advertirse un verticalismo muy peligroso. El verticalismo implica que la vanguardia está por encima del pueblo, del campesinado, y que ha decidido bajar al pueblo la línea revolucionaria porque dice conocer las leyes de la historia. El primer problema que enfrenta la vanguardia es que la historia no tiene leyes.

¿Socialismo y democracia?

Hay una crítica del trotskismo, y esencialmente de León Trotsky (1879-1940), que termina resultando verdadera: el partido de vanguardia que postula Lenin acabará por convertirse en un partido de vanguardia dictatorial. Si el partido de vanguardia debe bajarle la ideología a las masas, la ideología se transforma en una ideología dictatorial elaborada por el partido de vanguardia. Entonces, el Comité Central sustituye al partido y finalmente un dictador sustituye al Comité Central. Es lo que va a decir Trotsky, con gran sentido común. Y en su lugar postulará una «revolución permanente». Se trata de un concepto pertinente para cualquier revolución, e incluso para cualquier proceso político: la revolución permanente o la revisión permanente de sus postulados políticos esenciales, iniciales, es fundamental. No hay grupo político que pueda mantenerse si no revisa constantemente los puntos básicos desde los cuales partió.

¿Por qué fracasan las revoluciones socialistas? Porque parten de esta idea de la dictadura del proletariado. Como no puede tener una concreción práctica, la dictadura del proletariado siempre termina —por decirlo «a lo Deleuze»— en el esquema arborescente. El esquema arborescente es el del árbol, el líder, que es quien manda o gobierna la revolución. Entonces la dictadura del proletariado termina en la dictadura de lo uno. Lo que iba a ser la dictadura de lo múltiple termina en la dictadura de lo uno. La dictadura de lo múltiple, simplemente, no existe. Lo múltiple no puede ejercer un poder dictatorial. El poder dictatorial lo ejerce siempre lo uno, sea la vanguardia, una junta, un consejo. Entonces, lo que en la teoría de Lenin era el partido se transforma en el Comité Central. La vanguardia se transforma en el dogma en el que todos deben creer. Y quien no crea, será fusilado.

Finalmente, de todo esto surge la figura de Iósif Stalin (1878-1953), que es la figura del culto a la personalidad. Stalin es el dictador que lleva adelante el país que iba a ser socialista y no es socialista. Y menos todavía es democrático. El socialismo choca con la democracia desde el comienzo por la idea de la dictadura del proletariado, y por la exaltación del autoritarismo para derrotar a los enemigos políticos. Es cierto que la democracia tiene muchísimos problemas que no ha solucionado ni soluciona, pero estamos hablando del socialismo. El socialismo no soluciona su choque inevitable con la idea de democracia. El socialismo termina apelando siempre a la dictadura del culto a la personalidad. Una revolución no debería seguir un camino dictatorial. Debería inaugurar un camino de libertad. No obstante, los revolucionarios dirían: ¿cómo inauguramos un camino de libertad si tenemos que imponernos sobre una enorme parte de la sociedad que está contra nosotros? Surgen varias críticas a esto. Una es de Rosa Luxemburgo (1871-1919) quien, ante la teoría de la vanguardia de Lenin, afirma que «las masas no están privadas de conciencia de clase», que la vanguardia no es la dueña privativa de la conciencia de clase, que no es la única que conoce las leyes de la historia, que la clase obrera tiene conciencia de clase y no necesita ser dirigida por una vanguardia. Al contrario, es la vanguardia la que debiera hundir sus raíces en la clase obrera para así nutrirse de sus valores y representarla genuinamente. Ninguna vanguardia que trabaje desde

afuera de la clase obrera puede ser genuina. El concepto mismo de vanguardia es antidemocrático, y ha fracasado a lo largo de la historia.

¿Quién intentó unir al socialismo con la idea de democracia en América Latina? Fue un gran político de nombre Salvador Allende (1908-1973). Lo que Allende intentó en Chile fue llegar al socialismo a través de la democracia. Muchos se rieron de él: los violentos, los que lo consideraban un ingenuo porque sólo era posible alcanzar ese fin a través de la violencia. Sin embargo, ningún intento implementado por la vía violenta llegó al socialismo. Y no puedo decir nada en contra de ellos, los resultados están a la vista. Lo único que podría decir es que la vía armada no sirve, que el lugar donde el sujeto se realiza es la política. Conocemos los hechos: la CIA, la Pepsi-cola, la ITT y el diario *El Mercurio* voltearon a Salvador Allende, que murió heroicamente en el Palacio de la Moneda como pocos líderes entregan la vida cuando vienen a derrocarlos.

El tema de la revolución y los derechos humanos es muy complejo, porque una revolución es eminentemente un acto contra otro. Una revolución pretenderá ser siempre un acto de justicia social. Y para ello tendrá que enfrentar a aquellos que agreden a la equidad dentro de una sociedad. Las sociedades son cada vez más desiguales, y es cierto que el socialismo propugna la igualdad.

Todos queremos la igualdad entre los seres humanos.

El neoliberalismo va produciendo una desigualdad cada vez más inhumana y peligrosa, que va a terminar con las masas hambrientas asaltando las ciudades. Entonces, los derechos humanos aquí consisten en luchar por la igualdad de los hombres. Y esa es nuestra concepción de la democracia: la igualdad entre todos y cada uno de los seres humanos.

Capítulo 6

El primer genocidio del siglo XX

El genocidio contra los armenios

En general se lo denomina «el genocidio armenio», pero esto suele disgustar a los armenios, que argumentan que dicha formulación parece indicar que ellos cometieron el genocidio, cuando en realidad han sido las víctimas. Por eso eligen llamarlo «el genocidio *contra* los armenios». De todos modos, muchos de sus ensayistas siguen utilizando «genocidio armenio» e intercambian las dos expresiones.

El genocidio contra los armenios fue el primer genocidio del siglo XX. Decir *primero* ya implica una derrota para la condición humana, porque evidencia que en el siglo XX hubo otros genocidios, desgraciadamente tantos, que al armenio se lo nombra meramente como el primero.

Al genocidio armenio también se lo suele llamar *el genocidio olvidado*, lo que constituye un dolor enorme para la identidad y el alma de los armenios. Resulta terrible que se haya olvidado esa tragedia, donde casi 2 millones de armenios perdieron la vida en condiciones humillantes. Tan olvidado estuvo el genocidio armenio, que cuando Hitler decide el exterminio de los judíos y la solución final, dice: «¿qué problema podría ocasionarnos matar a todos los judíos? ¿Alguien se acuerda del genocidio contra los armenios?». «Del genocidio armenio», debe haber dicho. O quizás simplemente dijo «el exterminio de los armenios». Lo cual expresa que el olvido es fascista. El olvido es fascista. Por eso Hitler pudo decir algo así. «Matemos a los judíos. Nadie se acuerda de los armenios, nadie se va a acordar de los judíos».

La palabra «genocidio» no es una palabra cualquiera. Tiene, como toda palabra, su etimología. *Genos*, en griego, quiere decir raza, pueblo o tribu. Y *cide* quiere decir matar o asesinar. De modo que aquí tenemos la raíz de esta palabra tan trágica y tan protagonista en el siglo XX.

En 1948, las Naciones Unidas proclaman la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Y postulan que genocidio es «todo acto cometido con la intención de destruir en parte o totalmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso». Se trata de una definición muy ligada a Auschwitz; es decir, al Holocausto, a

la Shoah judía.

Argentina es uno de los pocos países que ha reconocido el genocidio armenio, junto con Francia, por ejemplo. En 2006, el entonces juez Carlos Rozanski, en el juicio contra el policía, genocida, desaparecedor Miguel Etchecolatz, utilizó el genocidio armenio para demostrar que aquí también hubo un genocidio. Y, basándose en los conceptos del sociólogo Daniel Feierstein, amplió la definición: genocidio ya no es sólo la persecución de un grupo racial o religioso, sino también la persecución de grupos sociales y políticos, en tanto implica la destrucción parcial del propio grupo nacional y por lo tanto entra en las categorías que contempla la convención sobre genocidio de las Naciones Unidas. Así quedó asentada esta ampliación formidable.

El otro como un cuerpo extraño

El genocidio contra los armenios implica el punto culminante de matanzas anteriores. Estas matanzas habían surgido de la locura de un sultán del Imperio Otomano, de nombre Abdul Hamid II (1842-1918), que en determinado momento comenzó a exterminar a los armenios porque consideró que la equidad le quitaba pureza racial y política a su imperio. Además, como todos los distintos sultanes que vendrían luego, necesitaba una gran masacre para consolidarse en el poder. De modo que entre 1894 y 1896, el sultán Abdul Hamid II asesina a 200 mil armenios sin ninguna razón. Vale decir, sin otra razón que las que mencionamos: unificar su poder, saciar su sed de sangre y purificar al pueblo.

En 1908, sufre un golpe político muy importante cuando aparecen en escena los llamados «Jóvenes Turcos», que representan una esperanza para los armenios. Los Jóvenes Turcos se presentan como progresistas y traen con ellos las banderas de la Revolución Francesa: igualdad, libertad y fraternidad. Pero la esperanza de los armenios dura poco, porque los Jóvenes Turcos establecen relaciones políticas con Alemania. Es necesario destacar que Alemania se encuentra detrás del genocidio contra los armenios. Los Jóvenes Turcos buscan purificar el Imperio Otomano, buscan «turquificarlo», y en consecuencia deciden eliminar a todos los armenios, que representaban la «impureza».

Hemos elegido el libro de Rita C. Kuyumciyan (1952), una obra excelente que se llama *El primer genocidio del siglo XX. Regreso de la memoria armenia* (2009). Rita Kuyumciyan ahora mantiene un intercambio de mails conmigo, porque los armenios siempre agradecen a aquellos pocos que se acercan a hablar de esta tragedia.

¿Cuándo comienza un genocidio? Un genocidio no comienza de un momento a otro. Hay una cuestión fundamental: una sociedad se basa en normas. Cuando estas normas se debilitan, se produce lo que los sociólogos llaman «anomia social». Las normas caen, ya no existen, y comienzan a cometerse toda clase de atrocidades. Así el otomanismo, encarnado por los Jóvenes Turcos, encauza la violencia hacia todo grupo percibido como diferente. Porque alguien tiene que hacerse cargo de la violencia, aun de las masacres, y hay que dirigirlas hacia un grupo, generalmente, bien elegido.

Adolf Hitler las dirige hacia los judíos, porque considera que «nos roban Alemania, porque son más inteligentes que nosotros». Resulta interesante observar que el Holocausto comienza con una valoración intelectual de aquel que va a ser masacrado. Como el judío es más inteligente que el alemán, que es puro e inocente, debe ser aniquilado para que no se quede con el país.

El factor fundamental del genocidio es ver al otro como un cuerpo extraño dentro de la nación. Un cuerpo extraño y peligroso. En este caso, Hitler señala a los judíos como un cuerpo extraño y peligroso para lograr el apoyo de la mayoría de la población: «Cuidado. Nos van a robar Alemania». Lo mismo decían los militares sobre lo que ellos denominaban «la subversión». «La subversión —afirmaban— nos quiere robar la Argentina y nuestro estilo de vida».

Arrasar la esencia del ser humano

En todo genocidio resulta primordial la deshumanización de todos aquellos a quienes se va a eliminar. Deshumanizar consiste en quitarle al otro su dignidad de ser humano. Esto se logra fundamentalmente a través de la humillación y de la tortura. La tortura constituye un trato degradante basado en la aplicación de un dolor que nadie puede tolerar. Este enorme dolor se inflige para

quebrar al torturado.

Muchos se preguntan por qué los judíos no se levantaban contra los alemanes. Porque estaban quebrados. Habían sido ya tan masacrados y humillados que no tenían voluntad de luchar. Lo mismo pasaba aquí cuando el prisionero, el futuro desaparecido, entraba en la Escuela de Mecánica de la Armada y lo primero que hacían era torturarlo, para quebrar al militante, al civil, al ser humano. Una vez quebrado y deshumanizado, todo genocidio va en su camino.

De este modo comienza el genocidio contra los armenios. El primer paso consiste en quebrarlos, y hay tres etapas en la tarea de arrasar la esencia del ser humano. El primer trabajo que hacen los Jóvenes Turcos es contra los intelectuales. En una jornada, en una sola noche prácticamente, del 23 al 24 de abril de 1915 (el genocidio se produce de 1915 a 1920), son arrestados, deportados y asesinados escritores, científicos, docentes, etc. Los Jóvenes Turcos consideraban que los intelectuales constituían la cabeza del pueblo armenio. Es una idea discutible, pero lo cierto es que empezaron por allí, para desarmarlos por completo en el plano ideológico. Después eliminaron a los hombres en edad de oponerles resistencia. Y después a los ancianos, a las mujeres y a los niños.

Así, se trató de la eliminación sistemática de todo un pueblo. Y Kuyumciyan habla de estas tres etapas del genocidio contra los armenios. La cabeza: los intelectuales; el físico fuerte: los hombres; y los más desvalidos: ancianos, niños y mujeres.

La eliminación de los armenios fue ardua porque no estaban en un solo lugar, sino diseminados por todo el territorio. Eran como los judíos en Alemania; ellos se sentían parte del Imperio Otomano. Entonces tuvieron que buscarlos, concentrarlos. Aquí los Jóvenes Turcos tienen una mortal y trágica idea para los armenios, porque comienzan a hablar de «reubicarlos». Les dicen: «los vamos a reubicar en zonas seguras, donde ustedes puedan estar tranquilos y alejados por completo de los trágicos eventos de la Primera Guerra Mundial».

Tengamos en cuenta que mientras se desarrolla el genocidio contra los armenios también se lleva a cabo la Primera Guerra Mundial. Alemania está muy unida al Imperio Turco Otomano. Entonces reclutan a los armenios, los ponen en la retaguardia y los

empiezan a matar. También los matan en largas caminatas a través del desierto, donde los dejan morir de hambre y de sed. Morían agotados, y los abandonaban allí. Hay incluso documentación, de largas, infinitas hileras de armenios que caminan por el desierto y van muriendo.

Luego, tal como hizo Alemania con la abominable figura del doctor Josef Mengele, utilizaron a los armenios para experimentos médicos, lo que implicó una doble tortura porque la deshumanización fue total. Los usaban como ratas o cobayos de laboratorios. Tratar a un ser humano como objeto de experimentación médica también constituye una tortura horrorosa.

La razón del negacionismo

Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) el Imperio Otomano era un aliado muy importante de Alemania. Es decir, Alemania estaba detrás de las acciones del Imperio Otomano, porque la Primera Guerra Mundial es una lucha de imperialismos con un desarrollo bastante confuso. Y en un determinado momento de esas alianzas, el Imperio Otomano está respaldado por Alemania. Como dice muy acertadamente Wolfgang Gust (1935), «Alemania es el cómplice silencioso del genocidio contra los armenios».

La matanza contra los armenios fue ignorada por las grandes potencias. Aquí comienza el silenciamiento del genocidio. Los organismos internacionales tuvieron un papel tan nefasto, que fue nulo: no hicieron nada por impedir el aniquilamiento. Y para tragedia de la identidad armenia y también de la identidad turca, Turquía sigue sin reconocer el genocidio contra los armenios. Armenia llama a esto «negacionismo». Al estar fuera de la memoria de la humanidad, los armenios sienten que su tragedia no existe. Turquía no puede seguir negando esto, pero va a seguir haciéndolo. Porque negar el genocidio contra los armenios no tiene ningún costo. Lo que debemos preguntarnos en este momento es por qué hay un genocidio que es *desconocido* e *ignorado* y otro, el genocidio contra los judíos, la Shoah o el Holocausto, que es tan publicitado y célebre, incluso en la industria cinematográfica de Hollywood o en la miniserie para televisión *Holocausto*.

Turquía siempre fue una aliada de las grandes potencias de

Occidente. A las grandes potencias de Occidente no les interesa Armenia. Armenia no es importante en los planes de ninguna gran potencia desde el genocidio hasta hoy. Esto determina que, al no estar en los planes de ninguna potencia, Armenia y su tragedia se tornen insignificantes: no les sirven para nada. En cambio, el Holocausto judío le sirve a Estados Unidos, que sostiene al Estado de Israel, porque le permite decir: «tanto nos mataron, tantos crímenes cometieron contra nosotros, que tenemos derecho a cometer todos los crímenes necesarios para que no nos vuelvan a matar». Es una justificación que hacen, particularmente, contra el pueblo de Palestina. El Holocausto adquiere así la función de justificación político-bélica del Estado de Israel y del respaldo que recibe por parte del imperio norteamericano. En cambio, el genocidio armenio no cumple ninguna función.

Hubo un periodista muy valiente, de 52 años, Hrant Dink (1954-2007), turco, de origen armenio, que editaba una publicación que se llamaba *Agos*, y que insistía con un coraje admirable en que Armenia y Turquía debían dialogar. Lo mataron de cinco balazos en una calle. Este fue el destino de un hombre inteligente, valiente, de una ética excepcional.

El mundo tiene que saber lo que sucedió con los armenios. Ahora, ¿qué tiene que ocurrir para que el mundo lo sepa? Si mañana Armenia pasa a formar parte táctico-estratégica de los planes del imperio del Occidente cristiano (Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña), si todo ese bloque imperialista encuentra que Armenia le resulta útil, al día siguiente Hollywood hará treinta películas sobre el genocidio armenio. Esto es lo desgarrador. Esto es, junto al negacionismo turco y la muerte de Hrant Dink, lo que desalienta respecto del genocidio ignorado del siglo XX, el genocidio contra nuestros hermanos los armenios.

¿Por qué es tan obstinado y tan posible el negacionismo turco? ¿Por qué están tan tranquilos los turcos negando la atrocidad del genocidio que cometieron entre 1915 y 1920? Porque Turquía está dentro del esquema de las potencias occidentales. Está en la OTAN, está en los negocios, es reconocida por Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. De modo que ¿por qué aceptaría una atrocidad que cometió en el pasado? El negacionismo así se abre paso, y al ser funcional al esquema del poder bélico de Occidente, nadie lo

cuestiona.

Lo cuestionan los armenios, porque han sido las víctimas. Nosotros estamos con las víctimas. Y el genocidio contra los armenios, para nosotros, es fundamental, porque toda herida contra la humanidad es una herida contra nosotros.

Capítulo 7

El antisemitismo

Odiar al Otro

Lo que ha trastornado al pueblo judío durante los últimos siglos —diríamos, durante los últimos 2 mil años— es la crucifixión de Cristo y el hecho de que se los acuse de haber matado a Dios. Esta debiera ser una situación muy original. ¿Cómo puede sobrevivir en la tierra el pueblo que mató a Dios? Se trata de una creencia popular enormemente arraigada a lo largo del tiempo y muchísimos judíos han sido asesinados por eso. Sin embargo, también es cierto que sería necesario preguntar: si los judíos mataron a Dios, entonces ¿no hay Dios? Está muerto Dios. Nietzsche no tendría que haber dicho su frase «Dios ha muerto». «¿Cómo dice usted, Sr. Nietzsche? ¿Que Dios ha muerto? ¿No sabe que lo mataron los judíos?».

Analicemos cómo fue que los judíos mataron a Dios. Según esta vulgar pero muy efectiva versión, Jesús de Nazaret, hijo de Dios, es Dios. Los que pidieron su crucifixión en lugar de la de Barrabás fueron los judíos. Curiosamente, también fueron los judíos quienes lo siguieron, lo amaron, y difundieron luego su doctrina durante muchas décadas. Algo más todavía: Jesús era judío. Ese Dios era judío. Si usted habla con un judío, le va a decir: «hasta cuando necesitaron un Dios nos lo pidieron a nosotros».

Dentro de todo esto, por supuesto, hay una ignorancia terrible. El antisemitismo tiene por esencia el odio al Otro. El antisemitismo funciona porque para muchos es necesario odiar a otros. Jean Paul Sartre (1905-1980), en un libro excepcional llamado *Reflexiones sobre la cuestión judía* (1946), dice: «Si el judío no existiera, el antisemita lo inventaría». Lo mismo sucede aquí. La gente necesita odiar.

Observemos lo siguiente: el antisemitismo francés dice: «hay muchos judíos en Francia. Y nos roban Francia». Adolf Hitler (1889-1945) les decía a los alemanes: «tengan mucho cuidado. Los judíos son muy inteligentes y nos están robando Alemania». Aquí en Argentina, hay un odio diferente de la misma condición. Uno escucha: «¿vio la cantidad de peruanos y bolivianos que están entrando? ¿No vio a todos esos paraguayos que ya se hicieron sus casas? Nos están robando el país». Yo suelo repreguntar si consideran que el país es suyo. «Usted dice que los bolivianos,

paraguayos y uruguayos vienen a robarle el país. ¿Cree en serio que este país es suyo porque tiene un DNI? No, querido. El país es de uno porque uno lo hace propio. Laburando. Así que si esos vienen y ya están laburando y ya se hicieron la casita, es más de ellos que suyo».

El judío como enemigo para unir a Alemania

Tampoco tenemos que atribuirle la noción de que los judíos mataron a Dios únicamente a la ignorancia popular. En su ensayo sobre el cristianismo, nada menos que Hegel dice que «lo absoluto pasó entre el pueblo judío y el pueblo judío no lo supo reconocer». No reconocer lo absoluto y matar a Dios es algo muy similar. Esa es la base antisemita y racista de la Alemania que va a confluir en el Tercer Reich. El Tercer Reich necesitaba, por supuesto, de un gran Otro a quien odiar. Encontró inmediatamente al judío, como ese otro que pudiera unificar al pueblo alemán. Observemos cómo un pueblo dividido por miles de causas puede ser unificado por el odio. Alemania estaba en la ruina, herida por la derrota de la Primera Guerra Mundial, por las humillaciones del Tratado de Versalles, las luchas intestinas entre el Partido Nazi, los comunistas y los socialdemócratas, y Hitler señaló que la culpa la tenían los judíos. «Los judíos se han robado el dinero de Alemania. Por eso la inflación nos está devorando. La plata la tienen los banqueros judíos». Su discurso se estructuraba del siguiente modo: «Los judíos son superiores en inteligencia. El judío es demasiado inteligente en comparación con el alemán, que es un pobre campesino, que es un ser puro que trabaja la tierra con sus ojos claros y la inocencia de su corazón. El sucio judío, que vive de la usura desde la Edad Media o desde todos los tiempos, está saqueándonos Alemania, haciendo un uso del dinero del cual es un artista». Entonces, los comunistas alemanes, los nacionalsocialistas alemanes y la socialdemocracia alemana se unen en torno a este líder que los convoca en el odio al Otro. Hace su aparición el «Otro demoníaco», que es el enemigo de todos.

El gran acierto político de Hitler es encontrar al enemigo de todos, o inventarlo, porque el judío no lo era hasta entonces. Hitler inventa al enemigo de todos, de comunistas, de nazis y de

socialdemócratas y se constituye en líder para combatirlo. Ya durante el tiempo que había pasado en la cárcel escribió sobre eso, en *Mein Kampf* (*Mi lucha*, 1925), junto con Rudolf Hess que es autor de varios de los capítulos. Ahí están todas las ideas del Führer y sobre todo sus ideas antisemitas. Su antisemitismo es terrible. Dice: «Los judíos no creen en Jesús. ¿Cuál es el Dios del judío? Es el dinero al contado, dinero sucio. Por supuesto, el dinero se ensucia. Y el judío es tan sucio como el dinero. El billete arrugado y sucio es su corazón». Eso decía Hitler.

Una mirada despectiva sobre la errancia

En los capítulos de *Ser y tiempo* (1927) dedicados a la existencia auténtica y la existencia inauténtica, Martin Heidegger (1889-1976) se refiere en particular a lo que llama la *errancia*. Tengamos en cuenta que la existencia inauténtica consiste en no permanecer seriamente en nada, en no detenerse en el misterio de nada de lo que es, en ir de una cosa a la otra. Lo que caracteriza a la existencia inauténtica es la conducta de lo *errante*.

Lo errante implica justamente ir de una cosa a la otra. «No me detengo en nada, nada me interesa realmente con profundidad, no busco la hondura, el abismo profundo de nada, porque tengo miedo de hacerlo. Entonces, la errancia es mi ser. Y es mi ser inauténtico, porque la errancia es mi cobardía».

Existen muchos intérpretes de Heidegger que afirman que en su descripción del ser errante está viendo al judío. En el siglo XIX, Eugène Sue (1804-1857) escribió una novela titulada *El judío errante* (1845). El judío nunca puede echar raíces porque no tiene país. No tiene una tierra. No la ha tenido a lo largo de los siglos, es un pueblo sin arraigo propio. Este enorme sufrimiento ha sido muy mal comprendido por los antisemitas, que encima se lo han reprochado. Heidegger dice: «Ese pueblo errante, incapaz de profundizar en nada, es el que va de una cosa a la otra». Y Eugène Sue es quien dice «el judío es ese ser errante». Pero peor, más hondo y más agraviante, es Marx en *La cuestión judía* (1844). Allí identifica a la usura con el capitalismo. Pensemos que este ser errante, que ha ido a lo largo de la historia de un país a otro y sin poder echar raíces en ninguno, sin poder considerar que ninguno era el suyo,

tuvo necesariamente que dedicarse al dinero, porque era el factor común a todos los países. El dinero le da un ancla, le da raíces en cualquier país. Entonces el judío se dedica al dinero, a la usura, que es el mecanismo con el que el dinero da ganancias. Y Marx dice que el capitalismo es la usura. Para él, la solución a «la cuestión judía» es la desaparición del capitalismo, que implicaría la desaparición de la usura y, por consiguiente, del problema judío.

Un pueblo que ha sufrido y hace sufrir

Hay algo más que es necesario comprender. Si bien el odio al judío cruza la historia, en la Biblia es un pueblo tremendamente favorecido. No se podrá decir que no hemos tratado bien al pueblo judío, que no lo hemos respetado y que no hemos reconocido su dolor, la injusticia a la que fue sometido, la cuestión de la usura, de la errancia, de haber matado a Dios, todos esos horrores.

Pero en la Biblia resulta favorecido, porque el pueblo judío es el Dios de la Biblia. Por ejemplo, Dios aparta las aguas cuando Moisés conduce a su pueblo esclavo en Egipto hacia su propia tierra, la tierra que los judíos habrán de habitar. Abre las aguas y los judíos pasan guiados por Moisés. Cuando vienen los egipcios, las aguas se cierran. ¿Por qué se cierran las aguas? ¿Por qué mueren todos esos egipcios? Para que se salven los judíos, por supuesto. Pero esos egipcios, ¿no eran creaturas de Dios? Digo «creatura» como creación. Hay una película que se llama *Juicio a Dios*, de Andy de Emmony (2008), en la que varios judíos en un campo de concentración se reúnen para juzgar a Dios. Hay varios eruditos en la Biblia, y hay varios torturados y doloridos en ese tribunal precario que montan. Y uno de ellos justamente pone como ejemplo este momento del pueblo judío y dice: «lo quisimos a nuestro señor cuando nos salvaba a nosotros pero, ¿no nos dimos cuenta de lo que le hacía a los otros pueblos? ¿No nos dimos cuenta de lo que le hacía a los egipcios? ¿Nosotros éramos tan buenos? ¿Estamos seguros de que éramos tan buenos? ¿No pensamos en que ahogaba a miles y miles de egipcios para salvarnos?».

Después de la Segunda Guerra Mundial, los judíos continúan sin conseguir un Estado. Un pueblo sin un Estado es una cosa y un pueblo con un Estado es otra. El cristianismo sin un Estado era una

cosa. El cristianismo de la fe, de las catacumbas, de la persecución, de la pobreza y del recuerdo venerado del Dios Cristo de la cruz era una cosa. Pero el cristianismo del Estado, el cristianismo del Poder, el de la riqueza, fue el cristianismo de la persecución, de las cruzadas, el cristianismo del poder Papal, el de la tortura.

Los judíos llegan a tener su Estado a partir de 1948. Hoy son un poderosísimo Estado nuclear respaldado por Estados Unidos. Hoy Israel es un enclave del imperio norteamericano en Medio Oriente. Está rodeado de enemigos fanáticos, locos, que si no fuera por Estados Unidos lo destrozarían al día siguiente. No es nada fácil la situación. O Israel se respalda en Estados Unidos, o desaparece del mapa. Pero cuando todo el mundo vota por reconocer al Estado de Palestina, ¿por qué Israel vota en contra, junto con Estados Unidos? ¿Por qué no reconocer al Estado de Palestina? Ahí Israel se transforma en el Estado de Israel. La pregunta es: ¿cómo un pueblo que ha sufrido tanto puede hacer sufrir tanto a otro? ¿Cómo hombres que sufrieron tanto a lo largo de la historia pueden hacer sufrir a otros y asumir la imagen del castigador, del torturador, del malvado? Es casi inexplicable, pero es explicable, porque estamos al azar. Porque no hay reglas morales. No hay una sola regla moral que pueda establecerse sobre este mundo. Si eso pasa, si Israel, que ha sufrido lo que sufrió, no da el ejemplo de la austeridad en la causa del sufrimiento aplicado a los otros, entonces no hay quien pueda darlo en este mundo. No hay quien haya sufrido como el pueblo de Israel. ¿Qué nos puede quedar de esperanza? ¿A qué pueblo podemos pedirle: no, por favor, ustedes no castiguen, no practiquen el mal en los cuerpos de los otros. Porque los otros lo han aplicado en los cuerpos de ustedes. Ustedes conocen el dolor. No lo practiquen?

Y es inútil. Quizás lo practican porque tienen tanto miedo de volver a sufrirlo que los lleva a practicarlo doblemente. Entonces, ya es muy difícil comprender todo lo que pasa.

Capítulo 8

La propaganda política

Las mil mentiras de Joseph Goebbels

La publicidad es fundamental para todo régimen, para toda política, toda campaña electoral. La publicidad abarca todo lo que el hombre haga en este mundo. Si se me permite una afirmación absolutamente personal, inocente y que no compromete a nadie, yo diría que la esencia de la publicidad es mentir. La publicidad no dice la verdad, o la dice de un modo mucho más bello, que embellece al producto hasta límites que el producto no tiene. O le adosa elementos ajenos a él, como hermosísimas mujeres. Cuando a usted le venden una manteca untable, en la publicidad pasan el cuchillo y se desliza como una crema. Cuando la lleva a su casa, no es así.

El poder mediático es el que, a través de sí, lanza la propaganda. No obstante, la propaganda también está en las paredes, en la calle. Donde sea que uno vaya hay propaganda, porque el poder mediático es la gran revolución que hizo la burguesía a partir de los años noventa. Se esperaba, según las predicciones de Marx, que la revolución la hiciera el proletariado. No la hizo el proletariado.

A partir de los años noventa, después de la caída del Muro de Berlín, el capitalismo inicia una agresiva campaña de globalización mediática que implica un dominio de las subjetividades de los sujetos de todo el globo a través de lo mediático. Por medio de esta red se repiten sin parar verdades que se supone que el receptor terminará aceptando como suyas. El poder triunfa cuando impone su verdad como verdad para todos. Por lo tanto, tiene que repetirla muchas veces para que sea creíble.

La frase se le atribuye al ministro de Propaganda de Hitler, el brillante Joseph Goebbels (1897-1945), quien decía: «Mil mentiras hacen una verdad». Durante mucho tiempo se la consideró una de las grandes frases de la propaganda, una de las frases más infalibles de la propaganda política.

En la Argentina, en este país remoto, en pleno siglo XXI, hubo un momento en el que fue posible dudar de esa afirmación. La década que transcurrió entre 2005 y 2015 fue testigo de la derrota del poder mediático a manos del éxito económico. El poder mediático repetía mil veces lo que fuera necesario para que la gente

renegara de un gobierno al que querían destituir. Sin embargo, ese gobierno logró un éxito económico que favoreció mucho a las clases medias que lo habían abominado años atrás. ¿Qué tuvimos entonces? Una enorme sorpresa. Mil repeticiones no hacían una verdad. Las mil repeticiones del poder mediático, en ese momento, no convencieron a la masividad de la sociedad argentina de no votar a ese gobierno. Fue votado y reelegido masivamente pese a toda la agresión mediática. Podríamos conjeturar entonces que existe otra verdad: la verdad de bolsillo, esa «víscera elemental del hombre», como decía Perón, que parece ser más fuerte.

En 2016, a la luz del resurgimiento de los fascismos en América Latina y de una nueva embestida feroz del neoliberalismo, el poder mediático, aliado con operaciones sobre el Poder Judicial, pareció volver a imponer su verdad de mil mentiras. No obstante, los propios daños que el régimen neoliberal impuso a la economía, con el consecuente efecto empobrecedor sobre la clase media, vienen manteniendo la situación en un límite filoso, donde aún está por definirse qué verdad triunfará: la del poder mediático o la del bolsillo.

Una obra maestra en el corazón del mal

Un régimen que resultó ejemplar en el uso de la propaganda fue el nacionalsocialista. Ante todo, por la figura oratoria de Hitler, que si se ve hoy, es la de un loco, que gritaba y ensayaba sus gestos frente al espejo y lograba ese efecto de enorme dramaticidad para la época. Recuerdo incluso un bailarín de jazz que bailó un discurso de Hitler en una película norteamericana.

En 1934, en la reunión del Partido Nazi en Nüremberg, Leni Riefenstahl (1902-2003), junto a una aparatología tremenda que le provee el régimen, filma una película decisiva en la historia del cine de propaganda. Una obra maestra. Y eso nos plantea un problema. *El triunfo de la voluntad* (1935) muestra desfiles, la vida de Hitler y discursos de distintos funcionarios, fundamentalmente de Hitler, Göring y Goebbels. Las luces, los planos picados y contrapicados de Riefenstahl son estremecedores. Todo lo que se diga de ese documental es poco porque es una obra maestra, de una estilización tan poderosa que sirve aún hoy. Todos los alumnos de cine deben

ver *El triunfo de la voluntad*. Vale decir, deben ver la convención del Partido Nazi en 1934.

De ahí en adelante, Leni Riefenstahl siempre alegará que ella no tenía nada que ver con el Partido Nazi. Pero le contestan que contribuyó al estetizamiento de ese partido con su arte. Ella replica que estaba haciendo arte, que una artista debe hacer arte. Y este es el gran problema. Una obra maestra construida en el corazón del mal. ¿Qué hacemos entonces, señores? ¿Qué se hace? ¿Qué se hace con Leni Riefenstahl o con Martin Heidegger? Es muy difícil contestar. Para un judío que estuvo en Auschwitz, va a ser inaceptable que se afirme que la obra de arte está por encima del régimen maligno bajo el cual se produjo. Otro puede decir que la obra de arte está contaminada por ese régimen. Hay quienes dicen que toda la filosofía de Heidegger está contaminada de nazismo. Otros argumentan que todo ese documental de Leni Riefenstahl, hasta el más mínimo movimiento de cámara, es nacionalsocialista. Lo vamos a discutir toda la vida.

La belleza no justifica la muerte. Eso es lo que, absolutamente, desde el campo de los derechos humanos, diremos siempre. Nada justifica la muerte, de modo que tampoco la belleza, ni la filosofía.

Música y nazismo

Hubo orquestas en los campos de concentración y en el gueto de Varsovia. Eran pequeñas orquestas que se armaron con los mismos presos de esos campos. Hubo pequeñas orquestas en el gueto de Varsovia a las cuales asistieron comandantes de las SS que se sentaron a escuchar tocar a los prisioneros. En los campos de concentración funcionó algo que podríamos llamar «la música del Holocausto». Pero en medio de las luces más brillantes de la más brillante Alemania del Tercer Reich brillaba la Filarmónica de Berlín. Era una orquesta sin calificativo, excepcional. Su director fue el genial Wilhelm Furtwängler (1886-1954). Goebbels lo designó, lo sostuvo, y Furtwängler aceptó la condición de echar a algunos violinistas judíos. Aquí también hay otro problema. Si Furtwängler le dice a Goebbels que no los va a echar, lo echan a él y nombran a uno peor. Y quizás eso es lo que debería haber ocurrido. Hoy Furtwängler es un director venerado pero maldito.

No al punto de que si uno pone la Novena Sinfonía de Beethoven por Furtwängler en una reunión tenga que pedir perdón. Todo el mundo sabe cómo son las cosas. Todo el mundo sabe que si quiere escuchar bien la Novena Sinfonía de Anton Bruckner, la tiene que escuchar por Furtwängler. La grabación de esta sinfonía se hizo en Berlín el 7 de octubre de 1944, cuando ya empezaban a caer las primeras bombas sobre la ciudad. Lo imagino al genial Furtwängler dirigiendo la gran sinfónica de Berlín, la gran Novena de Bruckner, bajo el bombardeo aliado. He aquí una paradoja de la historia. Se ha hecho una gran obra de teatro que se llama *Taking sides* (Tomando partido), de Ronald Harwood (1995), en la cual un teniente del Ejército norteamericano interroga groseramente a Furtwängler, faltándole el respeto, y lo llama el *leader of the band*. El líder de la banda, le dice. István Szabó adaptó esa obra para el cine en 2001, con Harvey Keitel como el oficial norteamericano y Daniel Massey en el conmovedor papel de Wilhelm Furtwängler. Szabó lo quiere a Furtwängler. Porque todos lo quieren, porque no es Heidegger. Furtwängler dice: «¿Qué puedo hacer yo? No soy judío. Esto es una dictadura y voy a esperar a que termine, pero voy a mantener la Filarmónica de Berlín, porque es mi vida, porque la fui puliendo día a día y con ella puedo tocar lo que quiera, lo más difícil: Bruckner, Beethoven, Mahler. ¿Y por qué me iba a ir? ¿Por eso me iba a ir?». Entonces, en la escena final, Szabó incluye un film de archivo documental, donde se ve que al terminar la Novena de Beethoven, Furtwängler tiene en la mano izquierda la batuta y un pañuelo. Goebbels salta de su palco, de modo espectacular, corre hacia el escenario y le estrecha la mano al gran director Wilhelm Furtwängler. Szabó acerca la cámara al documental y vemos que Furtwängler pasa el pañuelo de la mano izquierda a la derecha y se limpia la mano. Y ahí termina la película. Se trata de un corto conocido, en el que Szabó intenta salvar a un hombre, quizás salvable.

Shostakovich le responde creativamente a Stalin

Todos los grandes músicos se han encontrado con problemas frente a los regímenes dictatoriales. La propaganda estalinista, por ejemplo, fue tremenda. Tal como lo fue la propaganda

nacionalsocialista. También es tremenda la propaganda norteamericana, desde luego. Tan tremenda y tan agradable, y esa es la habilidad de los norteamericanos, que instilan su propaganda con mucha mayor efectividad porque lo hacen desde el goce.

Vayamos al caso de la propaganda en la URSS, con Iósif Stalin (1878-1953), que era un poco torpe. Su ideología consistía en que por un lado estaba él, y por otro los disidentes. Y a los disidentes había que matarlos. La propaganda que hacía Stalin establecía cánones para la música. No había que hacer música atonal, no había que hacer música con disonancias. Había que obedecer ese tipo de normas. Entonces Dimitri Shostakovich (1906-1975), el más grande músico ruso, estrena en el interior de Rusia su ópera *Lady Macbeth del distrito de Mtsensk* (1934). En un momento, Lady Macbeth engaña a su marido y hay un encuentro sexual en el cual Shostakovich desarrolla unas armonías imposiblemente disonantes y fascinantes para expresar el éxtasis del orgasmo pecaminoso de esa pareja. Stalin no se había enterado. Shostakovich vivía tranquilo, hasta que se estrena en Moscú. Al día siguiente, el diario *Pravda* titula: «Un ejemplo de música degenerada hemos apreciado ayer» —Iósif Stalin (28-01-1936)». Y la nota continuaba afirmando que no era posible que en la pureza de la URSS se estrenaran basuras como la obra *Lady Macbeth de Mtsensk* del compositor Dimitri Shostakovich.

Shostakovich esperaba que esa misma noche se lo llevaran a Siberia. No le hicieron nada y conservó la calma. Pero pasó, cautelosamente, varios meses sin componer. O componiendo algunas cosas intrascendentes. Hasta que en 1937 —y hay que ser Dimitri Shostakovich para esto— compuso nada menos que su Quinta Sinfonía, de cuatro movimientos. Maravillosa sinfonía, maravillosa. Y le antepone un acápite titulado: «Respuesta creativa de un artista a una crítica justa». Se trata de una genial ironía de un artista genial. Shostakovich sigue componiendo y nadie lo molesta. Además, todo Occidente cae a los pies de la Quinta Sinfonía. El más grande director de Occidente, Leopold Stokowski, pide que por favor le den la sinfonía porque la quiere dirigir.

Pero hoy no tenemos tantas cumbres. Tenemos sótanos, inmundos sótanos donde se tortura. Tenemos las guerras mediáticas de Estados Unidos, la guerra contra el terror, que es terrorífica en sí

misma, que constituye la violación total y absoluta de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que en su momento Estados Unidos apoyó.

Artículo 19 de la Declaración Universal: «Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones; de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión».

Los derechos humanos están para proteger a todos. Y están para proteger a artistas como Dimitri Shostakovich o George Gershwin (1898-1937), a quien en Nueva York también señalaron despectivamente como judío. A Gershwin no le importó. Era un judío que después hizo una ópera sobre los negros, así que claramente la discriminación le importaba muy poco.

La propaganda, entonces, consiste en mostrar cosas de un modo espléndido cuando no lo son. Cosas que no le dan ni a usted ni a mí, como esa maravillosa mujer que vemos en la vitrina. No, querido amigo, no compre ese calzoncillo, porque no viene con la mina que tiene al lado. Viene solo.

Y a la vez hay toda una propaganda, basada en la mujer-objeto, que también es una violación a los derechos humanos. ¿Por qué la mujer tiene que ser mercantilizada hasta tal extremo? ¿Por qué la imagen de una mujer tiene que ser la mercancía más rentable del capitalismo del siglo XXI? Una mujer es ante todo una mujer, una creadora, una mujer inteligente, que puede pintar, ser madre, muchísimas cosas, pero no una mercancía. Un zapato es una mercancía. Una mujer es mucho más que eso. Pero para el capitalismo, no. Para el capitalismo, la mujer es una mercancía que sirve para vender mercancías.

Capítulo 9

Los intelectuales y el poder

Martin Heidegger y el eje Atenas-Berlín

La relación entre los intelectuales y el poder no siempre es fácil. Y a veces es imposible. Depende del poder y depende del intelectual que se trate. Esta es una cuestión que ha analizado largamente Antonio Gramsci (1891-1937), y a la que intentaremos agregarle algunos elementos.

Por un lado, está el intelectual orgánico que forma parte del partido. Ahora, ¿ese es un intelectual? A ese intelectual le dicen: «hay que escribir esto para publicarlo mañana, hacelo vos». Y si ese intelectual contesta: «Yo quiero sacar una nota mía sobre tal tema mañana», en el partido le dicen que no, porque no les conviene dada la coyuntura que están atravesando. El intelectual insiste: «yo quiero ser un intelectual libre, lo quiero sacar mañana». Y le responden: «Entonces andate del partido». Se va del partido y pasa a ser un intelectual libre, pero también pasa a ser un intelectual que ya no tiene el poder del partido. No obstante, tiene el poder de su libertad.

Advertimos varias clases de intelectuales muy distintos. Tenemos el intelectual que quiere arribar a la cumbre del partido para cuando el partido llegue al poder; ese intelectual ambicioso, que aspira a ser el consejero de *El Príncipe* de Maquiavelo. Está el pequeño intelectual, el intelectual medroso; esos quedan en el camino. Y están los intelectuales burocráticos, como Alfred Rosemberg (1883-1946) o Alfred Bauemler (1887-1968) en Alemania, que elaboraron una doctrina como una especie de catecismo, una especie de dogma. Esto también funcionó con éxito en la URSS, donde se hizo del marxismo una especie de dogma que se aplicaba a todas las disciplinas.

Tomemos el caso más especial del siglo XX, que es el de Martin Heidegger (1889-1976) ante la figura de Adolf Hitler. En 1930, Heidegger era simplemente un pequeño burgués temeroso de la ola roja que podía amenazar a Alemania. Cuando sube Hitler, ya tiene muy buenas relaciones con las SA de Ernst Röhm y asume el rectorado de la Universidad de Friburgo, en 1933. Ahí Heidegger se siente el führer intelectual de Alemania, nada menos. Es un intelectual internacionalmente famoso —porque en 1927 había

publicado *Ser y tiempo*— y es rector de una de las grandes universidades de Alemania. Convoca a los alumnos y da un gran discurso: el «Discurso del Rectorado». Con mucha osadía e imaginación, Heidegger dice: «Alemania está en el centro de Occidente, y al estar en el centro de Occidente, Alemania *es* Occidente. Pero Alemania es Occidente porque sus raíces están en Grecia, en el siglo V antes de Cristo». «Pero mucho cuidado» —dice Heidegger— «esas raíces no están muertas. Ese no es el pasado. Nosotros no tenemos el pasado detrás. El pasado es aún». No sé cómo puede sonar esta frase en un libro, pero en el aula magna de una universidad de Alemania colmada de camisas pardas, esvásticas y banderas con esvásticas, cuando Heidegger dice «el pasado es aún» logra un efecto deslumbrante. «El pasado es aún» quiere decir que los griegos están en nosotros. Ahí Heidegger, en lugar del eje Japón-Alemania-Italia, está creando el eje Atenas-Berlín. «Nosotros somos Occidente» y Occidente se encarna en nosotros porque los griegos están en nosotros. El pasado es aún porque nosotros encarnamos a los griegos.

Y Heidegger termina ese discurso en medio de ese panorama de esvásticas refulgentes con una frase de Platón, que arregla de modo de incluir la palabra *sturm* —tormenta—, que es la que usaban los grupos de asalto de las SA y las SS. Dice: «todo lo grande está en medio de la tormenta». Luego de escuchar esto, iban todos a la guerra, porque era casi imposible para un alemán no ir a la guerra cuando un filósofo le decía «todo lo grande está en medio de la tormenta».

Nietzsche y la voluntad de poder

Los regímenes totalitarios y de terror utilizan a los intelectuales para extraer conceptos a través de los cuales validarse. Por ejemplo, el nazismo bebió muchísimo de Friedrich Nietzsche (1844-1900), utilizando fundamentalmente su noción de *voluntad de poder*.

Pasaré a explicar muy brevemente el nazismo. Primero: Alemania llega tarde al reparto del mundo, porque llega tarde a su unidad nacional. Segundo: Alemania logra su unidad nacional en 1871 al triunfar en la Guerra Prusiana que emprende Prusia contra Francia, donde ocurre el fenómeno de la Comuna de París. Logra

ese triunfo contra Francia con su canciller de hierro, Otto Von Bismarck (1815-1898), y su káiser, Federico Guillermo (1831-1888). Bismarck crea un gran ejército, y una vez obtenido el triunfo se da cuenta de que Alemania, por la potencia que tiene y la vitalidad guerrera que ha demostrado, necesita más territorio. Esta necesidad de expansión alemana es la que lleva, en gran medida, a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que Alemania no pierde, sino que se retira por cuestiones políticas atinentes a la socialdemocracia. Así, el Tratado de Versalles es vivido por los grandes nacionalistas alemanes como una claudicación, como una vergüenza.

Tercero: Alemania, ahora resentida pero con la necesidad de unirse a través del orgullo, lo hace por medio del odio hacia el judío, al que señala como ese Otro que unificará todos los odios de la nación. Y que le permitirá la recuperación armamentística a través de la cooperación de todo el mundo, porque todo el mundo armó a Alemania, ya sea la Siemens o la Ford.

Hitler va minando el poder del viejo Hindenburg, en la decadencia de la República de Weimar (bien retratada en la película *Cabaret*). Cuando Hitler llega al poder, entonces, los relatos de Nietzsche ya se han legitimado. ¿Cuál es el relato de Nietzsche? Expandirse. ¿Y cuál es el elemento que propone para lograr dicha expansión? La voluntad de poder. La voluntad de poder debe anidar en cada soldado alemán, en cada SS, en cada SA, en cada guerrero que va al frente. La voluntad de poder es aquella que, para tener lo que ya tiene, debe siempre querer más. Como dijéramos, el problema de Alemania era que había llegado tarde al reparto imperialista del mundo. La unidad alemana se había conseguido recién en 1871, y el mundo ya estaba en manos de Inglaterra y Francia, y ya había entrado Estados Unidos también. De modo que ahora Alemania debe comenzar a conquistar territorio. En Nietzsche encuentra ese concepto fundamental. Para mantenerse, la voluntad de poder debe expandirse. Cualquiera puede entender entonces por qué Hitler pide espacio vital. Porque la voluntad de poder no puede permanecer quieta. Para vivir, tiene que ir más allá.

¿Cómo expresar una disidencia en un régimen de terror?

Los derechos humanos no son contemplados habitualmente en la historia. Los regímenes duros se caracterizan por no contemplarlos. ¿Resulta posible expresar una disidencia en medio de un régimen de terror? Habría que analizar la figura del disidente. El nacionalsocialismo implementó un terror socializado, a través de las delaciones y a través de algo esencial en un régimen de terror: la gente tiene que enterarse. Aquí en la Argentina también se estableció así. Le hacían saber a la gente común, a la gente normal, que el terror existía. No en vano tiraron un cadáver en el Obelisco. ¿No es esto, acaso, hacer saber deliberadamente a la población que aquí están matando a cualquiera? Toda la población comentando que hay un cadáver en el Obelisco. Un cadáver en la centralidad del país. Es el terror total. ¿Cómo puede haber entonces solidaridad? Lo que surge a partir de ahí es terror. «¿Quién es ese tipo?», «¿qué hizo?». Inmediatamente todos empiezan a averiguar, porque parte del mecanismo del terror implica conocer quién era ese tipo, para saber si uno puede sentirse inocente. Así surge la famosa frase argentina: «Algo habrá hecho». El más lúcido decía «no hizo nada, tiran a cualquiera en el Obelisco». Y una frase que se escuchaba mucho entre quienes se reunían para buscar seguridad era «a cualquiera, por cualquier cosa». Esa es la frase del terror.

¿Qué se hace frente a una dictadura? Inevitablemente, si uno quiere enfrentarla, tiene que arriesgar la vida. La joven Sophie Scholl (1921-1943) en Alemania, de apenas 22 años, arriesgó su vida y la guillotinaron. Por lo menos no la torturaron, no la maltrataron. La guillotinaron. En cierto modo esa joven habla en pos de la dignidad alemana, pero una joven no va a salvar a Alemania, como tampoco el atentado que la elite militar le hizo a Hitler salvó la imagen del ejército alemán.

¿Qué significa tirar a alguien en el Obelisco? Significa: «cualquiera puede morir, nadie está a salvo, que nadie haga nada contra nosotros porque va a terminar ahí». Entonces la pregunta es: ¿cómo es posible una disidencia? y ¿qué implica una disidencia dentro de un régimen de terror? Una disidencia implica aceptar el riesgo a morir. Pero no es simplemente el riesgo a morir, porque más de una vez un militante o un intelectual han pensado «si me matan de 34 balazos mientras camino por una calle oscura, ¿qué podrá pasar? Me dolerá el primero, pero después no me van a doler

más». El problema es el sufrimiento. El problema es el dolor. ¿Cuánto dolor es capaz de tolerar un hombre? Hay una pregunta con la que empieza una novela de Martín Kohan: ¿desde qué edad se puede empezar a torturar a un niño? Son preguntas que se hacían los torturadores de la Junta Militar. Entonces, todo disidente sabía que ese era el riesgo que corría. Y así, la pregunta fundamental era: «¿cuánto dolor voy a ser capaz de tolerar?».

Cuando los derechos humanos enmudecen

Parte del entrenamiento de los agentes especiales de la CIA hoy es ser sometidos al dolor para ver cuánto son capaces de tolerar. Realmente se someten a eso. Pero un ciudadano que está inmerso en un régimen de terror se hace esa pregunta en su intimidad, en la intimidad de su habitación o en su escritorio. Es una pregunta acerca del sufrimiento humano. La tortura no tendría ninguna efectividad si el hombre no fuera un animal padeciente. El hombre sufre emocional y físicamente. Por ese motivo la tortura tiene tanto éxito. Cuando alguien está recibiendo tormentos, no sabe en qué momento terminarán. El torturador no le dice «aguantá hasta aquí que ya paro», como un dentista que dice «esto va a doler pero es un ratito nomás». Esa persona no sabe.

Hubo intelectuales que, sin embargo, se lanzaron a la lucha a afrontar lo que viniera. Rodolfo Walsh, por ejemplo. Pensemos también en Héctor Germán Oesterheld (1919-desaparecido en 1977), un hombre que, ya con más de 60 años, se arriesga y se juega la vida. Se va enterando de la muerte de sus hijas. La tragedia de los Oesterheld es la canallada más grande de la dictadura argentina. Murió Oesterheld y murieron sus cuatro hijas. La foto de Elsa Oesterheld joven, con sus cuatro hijas chiquitas, es una de las imágenes más dolorosas de nuestra historia. Oesterheld muere torturado, humillado y a la vez respetado por muchos de sus torturadores. «Ah, sí. Yo leí *El Eternauta*. Pero mire qué viejo boludo. ¡Mire lo que viene a hacer! Disculpe, pero tengo que hacer esto».

Por este motivo, para evitar el miedo, es que existe el apoyo popular a este tipo de regímenes. «Yo voy a apoyar esto, porque si lo apoyo me salvo». E incluso la gente piensa: «¿Cómo hay algunos

que se oponen? Qué valientes son, qué locos. ¡Qué locos!».

No hubo resistencia popular en Alemania, nunca. Cuando los rusos entraron en Alemania se luchaba calle por calle, pero ningún alemán civil salió a hacer nada, porque no había organización previa. Entonces, la culpa de los pueblos es la que arde. Es el miedo lo que nos hace callar cuando escuchamos gritos en la noche. Porque si nosotros estábamos en nuestra casa y a las tres de la mañana escuchábamos «¡Socorro!, ¡me llevan!, ¡me chupan!», nadie iba a salir a la calle. Ni aquí, ni en Alemania, ni en Italia, nadie. Porque nadie salió cuando escuchó los gritos en la noche. Se quedó en su casa, cerró todas las puertas, se escondió y rezó para que no le tocara a él. Y a partir de ese día fue más fiel que nunca, más dócil que nunca, porque tuvo más miedo que nunca. El miedo era ese, que le pasara lo que le estaba pasando a ese pobre desesperado que gritaba ¡Me llevan!

No, ¿a quién le estás pidiendo ayuda? Si están todos con las persianas cerradas, dándote la espalda, aterrorizados.

Un régimen de terror triunfa por el terror. Y ahí los derechos humanos enmudecen. Porque los derechos humanos hubieran triunfado si toda la cuadra, toda la manzana, hubiera salido a decir «¿qué pasa?, ¿a quién se llevan?». Imaginemos a cien personas. No hubieran fusilado a cien personas.

Entonces, no se trata solamente del intelectual. El intelectual tiene más responsabilidad, porque carga con una cultura y con una profesión que lo lleva al compromiso por el buen vecino del barrio. Pero el buen vecino del barrio se esconde detrás de una puerta. Si todos esos buenos vecinos abrieran la puerta y salieran a la calle y fueran cien o doscientos, a ese no se lo llevaban. Los verdugos mirarían absortos sin poder creer lo que acababa de ocurrir. La solidaridad. Dirían «¿qué es esto?». La solidaridad. Seres humanos que se arriesgan por otro ser humano. Incomprensible. Salen a la calle para defender a otro porque saben que mañana les puede ocurrir a ellos. Y al salir a la calle, salieron a defender los derechos humanos. Así se defienden los derechos humanos en una situación de terror, pero así es como no ocurre nunca. Lo lamento.

Capítulo 10

¿Se puede pensar Auschwitz?

Auschwitz es un hecho humano

¿Se puede pensar Auschwitz? Este es el tema candente del pensamiento del siglo XX y de los derechos humanos. Si se puede pensar Auschwitz, la pregunta implica reflexionar sobre las dificultades de hacerlo. ¿Es posible pensar Auschwitz? ¿No fue Auschwitz más allá de la razón? ¿No es impensable Auschwitz? ¿No es inhumano lo que ocurrió y, en consecuencia, impensable? ¿No está Auschwitz más allá de todo lo humano, configurando una ruptura en el desarrollo de la humanidad, tal como lo postulan los filósofos de la Escuela de Frankfurt como Theodor Adorno o Max Horkheimer?

Para ellos, Auschwitz vendría a formar parte de un primer desarrollo de la humanidad que se quiebra allí. Entonces, las categorías con que hasta Auschwitz hemos juzgado lo que hizo el hombre sobre la tierra resultan insuficientes.

Pero, atención. Auschwitz no es un hecho inhumano. Es un hecho humano, porque fue hecho por hombres. Al ser hecho por hombres, no es un hecho irracional. Esas son categorías con las que el periodismo y ciertas novelas livianas han tratado de exculpar a los hombres de los horrores que cometieron. Así, una de las grandes exculpaciones sería que Alemania fue dominada por un loco. Es la que funcionó más tiempo, la que justificó la Guerra Fría, la que les dio argumentos a los norteamericanos para contratar nacionalsocialistas en sus empresas. «Bueno, ninguno de ustedes tiene la culpa, señores. Cayeron en manos de un loco. Qué le van a hacer. Un loco y su pandilla se adueñaron de Alemania, de ese pueblo tan culto, el pueblo de Goethe, de Schiller, de Beethoven, de Brahms».

Y así fueron incorporándolos en sus compañías. Ese fue el «milagro» alemán. ¿Cuál es la base del «milagro» alemán? Que los alemanes son inocentes. Si no, no hay milagro alemán. «De Alemania se apoderó una pandilla de locos que mató a 6 millones de judíos. Pero con los alemanes podemos hacer grandes negocios. Y, sobre todo, Alemania debe estar de nuestro lado para frenar al comunismo».

No nos olvidemos que las bombas de Hiroshima y de Nagasaki

fueron arrojadas más como advertencia contra la URSS que como modo de ganar una guerra que ya estaba ganada.

Todos aquellos que dicen que Auschwitz fue un fenómeno irracional, que el nazismo fue obra de la pandilla de un loco, se equivocan. Auschwitz fue un fenómeno cuidadosamente racional. El Nacional Socialismo fue una doctrina rigurosamente intelectual, pensada, basada en las tradiciones de Alemania. Alemania ya tenía un sedimento antisemita profundo y además necesitaba a Hitler para expandirse territorialmente. La tragedia del siglo XX es, como dijéramos, que la unidad alemana se produce tarde en el siglo XIX. La unidad alemana se logra cuando el reparto imperialista del mundo ya está hecho. Alemania llega con retraso a esa cita y tiene que discutir todo de nuevo, de allí las dos guerras mundiales en el siglo XX.

Kafka como literatura de anticipación

El primero de los intelectuales que analizó Auschwitz no estuvo allí. Se trata de Franz Kafka (1883-1924), un novelista que demostró una capacidad escalofriante para prever los horrores que le esperaban a Europa. En sus novelas descubrimos la presencia de un mundo opresor, sofocante, incomprensible para quienes lo habitan. Y por eso, como todo lo incomprensible, se vuelve atemorizante, terrorífico.

Aquí, durante el gobierno de la Junta Militar Argentina, cuando echaban a alguien del trabajo le ponían un sello que decía «potencialmente subversivo». Imaginemos a ese pobre tipo que se va despedido a su casa, mirando un papel que dice «potencialmente subversivo». «¿Y esto qué quiere decir? ¿Soy? ¿No soy? ¿Me voy de mi casa esta noche o me quedo? ¿Me van a matar?». Ese es el mundo de Kafka, peligroso, incomprensible, sombrío. Los personajes transgreden constantemente códigos que no conocen porque el Estado kafkiano se estructura en base a códigos, pero el terror consiste en que son secretos. «Josef K. fue detenido una mañana sin saber por qué…», así comienza *El proceso* (1925) de Franz Kafka. Tiene ese sencillo y escalofriante comienzo. Lo que desarrolla Kafka es que la racionalidad del terror está aplicada por una dominación burocrática. Hay una burocracia que aplica el terror. Son burócratas

del terror. Quienes van a buscar a Josef K. le dicen que, en realidad, ellos no saben si él es culpable, o de qué es culpable. Sólo saben que tienen que buscarlo. «Nosotros nos lo tenemos que llevar, señor Josef K. Lo que usted sea para nosotros no tiene importancia». A Josef K. se lo llevaban por inexplicables e inextricables motivos. Nadie podía conocerlos.

Pero los judíos sí eran llevados en masa a los campos de concentración por un motivo. Porque eran judíos. Hitler hizo de la ontología judía un mal. El judío es judío, y porque es judío es culpable. Esto resulta notable. Y notable también es lo que debe sentir alguien que se convierte en culpable simplemente por ser lo que es. ¿Quién decidió su culpabilidad? El régimen nacionalsocialista.

Volvamos a Kafka. Imaginemos la siguiente situación. Muchos judíos vivían en Alemania. Alemania era un país de judíos, de judíos alemanes. De pronto, una mañana, todos ellos despertaron y descubrieron que eran culpables. Que eran judíos, y por eso eran culpables. Vamos al comienzo de *La metamorfosis* de Kafka. Gregor Samsa se despierta una mañana transformado en un horrible insecto. ¿No hay aquí una similitud estremecedora? Porque los judíos eran alemanes, y se sentían alemanes, y creían que iban a seguir viviendo en su Alemania de siempre. Pero un día, una mañana, todo se da vuelta, y de pronto son insectos, cucarachas, y las tropas de asalto pasan a buscarlos. Ahí comienza el horror que Kafka prefigura en *La metamorfosis*.

Pensadores después de Auschwitz

Una de las frases más desalentadoras, que más hieren, es la que pronunció Hans Jonas (1903-1993), discípulo de Heidegger: «después de Auschwitz, pensar en una divinidad totalmente buena es algo incomprensible».

Karl Löwith (1897-1973), también discípulo de Heidegger, expresó a su vez: «después de Auschwitz es imposible pensar en un Dios que no tenga en sí el mal».

Entonces, quien está sentado en el banquillo de los acusados al hablar de Auschwitz es Dios. Lo que plantea Auschwitz es el gran juicio a Dios.

Theodor Adorno proclama su famoso dictum: «después de Auschwitz es imposible escribir poesía». Ese dictum se ha ido diluyendo con los años, porque su significado es muy impreciso. Supongo que Adorno quiso decir que hasta la belleza ha quedado herida después de Auschwitz.

Walter Benjamin (1892-1940) tiene un texto esotérico, difícil, complejo, al menos breve, en el que habla del ángel de la historia. «El ángel de la historia ha mirado hacia atrás», ha mirado hacia el pasado, y lejos de ver una historia racional, unidimensional, dialéctica, inteligible, ha visto un paisaje de ruinas, apiladas unas sobre otras. Entonces Benjamin dice: «yo concibo la historia como catástrofe».

La otra gran figura que ha pensado Auschwitz es un célebre poeta que se llama Paul Celan (1920-1970). Estuvo en Auschwitz. Sufrió las atrocidades de los campos de concentración. Quiso visitar a Heidegger y lo visitó. Antes escribió un poema, y lo hizo en alemán porque, según afirmó, quería escribirlo en el lenguaje de la muerte. El poema se llama *Fuga de muerte* (1948) y dice:

Leche negra del alba.
La bebemos de tarde,
la bebemos al mediodía,
y en las mañanas.
La bebemos en la noche.
Bebemos y bebemos.
Cavamos una tumba en los aires
donde no es estrecho.
Un hombre vive en la casa y juega
con las serpientes que escribe
que escribe a Alemania.
Cuando oscurece,
tus dorados cabellos,
Margarita.
Lo escribe y sale frente a la casa.
Y refulgen las estrellas.
Y con un silbido llama
a sus perros de presa.
Y silba a sus judíos.

Les hace cavar una tumba en la tierra.
Nos manda «toquen para el baile».

El poema no es un dechado de transparencia, pero escrito en alemán y dirigido a los alemanes fue terriblemente doloroso para la culpa alemana. La culpa alemana es permanente, porque Alemania sólo puede salir de esta situación sobre la base de una enorme negación. Porque en Alemania no hay nadie que pueda decir: «Aquí hubo otra Alemania, luchamos contra el nazismo». Habría que buscar también entre nosotros, y ver si alguien luchó contra la dictadura de Videla, y tratar el tema de la culpa.

Primo Levi (1919-1987) es otro de los filósofos y científicos más importantes que pensaron Auschwitz, uno de sus analistas más conmovedores. Él mismo es sobreviviente de los campos, estuvo ahí cavando tierra sucia en Auschwitz. Escribe *Los hundidos y los salvados* y *Si esto es un hombre*. Lo que sorprende a quienes lo siguen es que, cuando todos creían que había elaborado profundamente y con distancia su tragedia, se tira por el hueco de una escalera de un edificio.

Y luego está Hiroshima, que es la muerte de 200 mil personas en cinco minutos. Un hecho incalificable.

¿Qué tiene que ver Hiroshima con Auschwitz? No hagamos esa pregunta, por favor. Desde el punto de vista de los derechos humanos, son la misma atrocidad. Es aquí donde debemos plantarnos. Nosotros dialogamos, pensamos y actuamos desde los derechos humanos. Recordemos que los derechos humanos, ante todo, sostienen que toda vida humana es sagrada. Entonces, tanto los 6 millones de Auschwitz como los 200 mil de Hiroshima o los 30 mil de la Argentina son sagrados para nosotros, y es por ellos que vamos a seguir pensando y luchando a nuestro modo, tratando de llevar claridad ante la muerte.

Capítulo 11

La caza de brujas del senador McCarthy

El cine como instrumento de propaganda política

El senador Joseph McCarthy (1908-1957) dio origen a un término que luego se utilizaría mucho en política: el *macartismo*. Designa a aquellos grupos de derecha, paranoicos con el crecimiento de grupos de izquierda, que desatan una caza de brujas para perseguirlos. Cuando el senador Joseph McCarthy comienza su actuación en la política de Estados Unidos, a fines de los años 40 y principios de los 50, lo primero que decide es atacar a Hollywood, y no le faltan razones ideológicas para hacerlo, ni grandes maestros que lo hayan precedido en esta actitud de atacar o dinamizar la industria del cine como instrumento de la propaganda política.

Nos situamos en plena Guerra Fría. La Guerra Fría se caracterizó por ser la lucha no-militar entre dos grandes bloques como Oriente y Occidente; Estados Unidos y la URRS. La famosa «cortina de hierro» es otra expresión política de la época, que surge de una exposición de Winston Churchill en una universidad norteamericana, donde dijo: «una cortina de hierro ha descendido sobre el continente, dividiendo a Europa Occidental de Europa Oriental (la región soviética)».

Estados Unidos le temía enormemente a los soviéticos, porque persistía la leyenda —y más que leyenda, era una realidad— de la entrada del Ejército Rojo en Berlín. Efectivamente, al entrar en Berlín el Ejército Rojo fue devastador y no dejó títere ni alemán con cabeza. Y digo «títere» porque los alemanes fueron bastantes títeres de Hitler. Este es otro tema, la falta de reacción del pueblo alemán contra Hitler. En todo caso hay que leer un libro de Karl Jaspers que se llama *El problema de la culpa*.

El horror que desataron los rusos en Alemania se debió a que antes, cuando los alemanes entraron en la URSS, mataron a 17 millones de rusos. No mataron a 17 millones de norteamericanos. Entonces hubo una venganza tremenda por parte de los rusos. Joseph Goebbels (1897-1945), ministro de Propaganda de Hitler, tiene libros de útil lectura pero de ardua adhesión. Como Goebbels, McCarthy conocía muy bien la importancia del cine en la penetración ideológica. Goebbels convocó al gran director Fritz Lang, director de *Metrópolis* (1927), para ofrecerle el Instituto de

Cine. Esa misma noche Lang huyó de Alemania.

Siguiendo con McCarthy, en mayo de 1947, el Comité de Actividades Antinorteamericanas, que es el lugar desde donde McCarthy va a atacar, decide investigar el comunismo en Hollywood, tarea fundamental para desenmascarar a esa ideología perversa que está tratando de adueñarse de la libertad y de la democracia de los norteamericanos.

Comienza realizando audiencias privadas. Asisten distintas figuras de Hollywood, a quienes se denomina «testigos amistosos». Los testigos amistosos fueron Robert Taylor (1911-1969) —y este dato no me hace sufrir porque era un imbécil, un mal actor—, y otros que sí duelen mucho como Elia Kazan (1909-2003) o Sterling Hayden (1916-1986) y varios que preferiría olvidar.

¿Qué les preguntaban? ¿Qué le preguntaban a un Elia Kazan o a un actor como Sterling Hayden? Quiénes entre sus amigos eran comunistas. Si decían varios nombres, se salvaban. Todo delator sabe que si tiene un nombre para dar puede salvarse. Sin embargo, generalmente no se salva, porque genera desprecio en el represor.

Así comienzan a elaborarse las llamadas listas negras. De ahí surge la figura del *blacklisted*. El que forma parte de las listas negras tiene que irse de Hollywood. Uno de los más grandes directores de la historia del cine, Jules Dassin
(1911-2008), tiene que huir a Londres. Darryl Zanuck, jefe de la Fox, le dice «filmá esa película que tenés entre manos, pero no acá, en Londres». Y Dassin filma la obra maestra *Night and the city*, con Richard Widmark.

Esta persecución viola un derecho humano fundamental, el derecho a trabajar. Dassin nunca más filmó en Hollywood. Algunos guionistas, como Abraham Polonsky o Carl Foreman (genial guionista de *A la hora señalada*), no trabajaron durante muchísimos años.

«Yo puedo oler a un comunista»

La paradoja un poco cruel es que Hollywood venía de una época liberal. Es decir, fijada en los auténticos contenidos de los padres fundadores de Estados Unidos, que decidieron ser liberales, respetar los derechos humanos, respetar al individuo, a las ideas ajenas, etc.,

al menos en su territorio, porque lo que hacían afuera era bien distinto.

Y esa época liberal produjo grandes películas como *El odio es ciego* (Joseph Leo Mankiewicz, 1950), en la que el protagonista se infiltra en un grupo antisemita. *Encrucijada de odios* (Edward Dmytryk, 1947), con un trabajo espectacular de Robert Ryan como un antisemita feroz. Algunas otras, como las películas contra el boxeo, porque salvo Rocky I, toda película de boxeo que sea buena, es una película contra el boxeo.

Muchos actores empiezan a delatar a sus propios compañeros, y se produce la típica situación de una sociedad agredida por la persecución, en la cual cada uno sabe que si delata al otro se salva.

Uno de los famosos delatores de la caza de brujas del macartismo fue un actor mediocre llamado Adolphe Menjou (1890-1963), quien declaró ante el tribunal: «yo puedo oler a un comunista, porque los comunistas despiden un olor extraño que no cualquiera reconoce. Pero yo lo reconozco, créanme. Yo puedo oler a un comunista». McCarthy estaba encantado con Adolphe Menjou. Stanley Kubrick, para vengarse, le dio un papel espantoso en *La patrulla infernal* (1957), el papel de un general detestable, abominable, a este actor que no salió bien parado de la época de McCarthy.

Hacia 1954, McCarthy comienza a decaer. Era un tipo con muchas complicaciones: alcohólico, adicto al sexo, paranoico patológico. Justamente en estos tiempos, en los que parece que la historia se ha enamorado de la derecha, aparecen defensores de McCarthy, como el español Fernando Alonso Barahona (1961) en su libro *McCarthy o la historia ignorada* (2000). Allí Barahona afirma que el cine es la principal tarea ideológica de una nación, que el cine era el sitio donde se infiltraban los comunistas y donde McCarthy, acertadamente, fue a buscarlos. Comienza a enumerar una serie de espías soviéticos que había en Estados Unidos —como habría indudablemente también hombres de la CIA en la URSS— y dice que McCarthy debió actuar a causa de esos espías soviéticos.

Pero en realidad McCarthy persiguió, sobre todo, al mundo de Hollywood. En su teoría sobre la importancia de las ideas vehiculizadas por medio de las películas, Barahona dice que McCarthy vio este asunto como lo vio Gramsci. «Con influencias de

Lenin», afirma. Y hasta le adjudica a Gramsci esta teoría, de que el comunismo puede penetrar en los países capitalistas a través del cine, lo cual es un disparate macartista. El caso es que el señor Barahona pareciera no darse cuenta de que está reivindicando a un moderno Torquemada. Torquemada fue quien estuvo al frente de la Inquisición española. Y McCarthy desata la inquisición del Senado norteamericano sobre Hollywood. Se persigue por las ideas. Porque incluso hubo quienes, durante la guerra, habían hecho películas a favor de la URSS, que había sido un aliado de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial (contra el eje Alemania-Japón-Italia). Hubo una película llamada *Sombras en la nieve*, en la que Stalin aparecía anunciando la invasión alemana a Rusia. Stalin en la pantalla de una película norteamericana. Y después, aquellos que en 1941 habían hecho una película patriótica, en 1950 fueron arrestados por comunistas.

Estas son las paradojas de la historia. Hay gente que paga por un pasado que le fue encargado, y que quizás actuó en buena ley, pero cuando viene la caza de brujas, nadie sabe si es una bruja o no.

¿Qué bacterias matan a los comunistas?

La Academia de Hollywood demostró que estaba de acuerdo con algunas cosas del macartismo, o que las había olvidado, cuando premió a Elia Kazan hace apenas unos años. Fue un Oscar honorario, que Martin Scorsese le dio personalmente en 1999. Richard Widmark, que trabajó con Paul Douglas en *Panic in the streets* (1950), dirigida por Elia Kazan, declaró que era el mejor director de actores que había en Hollywood. Además Elia Kazan fue el primero que puso en escena una obra de Arthur Miller, *La muerte de un viajante*. Era un gran puestista y un gran director de actores.

¿Qué se hace con un gran artista que delata? ¿El artista por un lado y el delator por otro? Esta es una grave cuestión, e invito a que cada quien la juzgue por sí mismo. Nosotros pensamos que un artista que a la vez es un delator es un artista delator. La calidad estética no elimina ese peso moral. El peso moral es más fuerte, más denso, que la calidad estética porque una persona, ante todo, tiene que ser moral, si no tampoco puede hacer arte.

El macartismo responde a este temor que se disemina por todo

Estados Unidos con distintas películas de invasiones marcianas. La metáfora está muy bien construida: vienen los marcianos a invadirnos, como vienen a invadirnos los comunistas. «Atención, buenos americanos», dice McCarthy, «los marcianos vienen de afuera y los comunistas también». Y hacen varias grandes películas sobre el tema. La más perfecta de todas, dirigida por Don Seigel en 1956, se llama *La invasión de los usurpadores de cuerpos*. Es una película clase B y curiosamente su protagonista, un actor clase B, se llama Kevin McCarthy. Como dice Borges, a la realidad le gustan las simetrías. La simetría es que la gran película macartista de los cincuenta la protagoniza un actor que se llama McCarthy. Sobre el final del film, como los marcianos han usurpado tantos cuerpos, el personaje de McCarthy, desesperado, sale corriendo a la autopista, con el riesgo de que lo aplasten los autos, a gritarle a cada automovilista: «¡el próximo es usted!», «¡el próximo es usted!». Y este es el mensaje: «El próximo es usted. Cuidado con los comunistas».

Estéticamente, la película más importante sobre marcianos es *La guerra de los mundos*, de 1953, dirigida por Byron Haskin con los efectos especiales de George Pal. Las naves marcianas —que quizás el lector recuerde porque luego se las imitó en varias series— son de una belleza increíble. Son como una raya marítima y un cuello de cobra grande que remata arriba, y desde esa cabeza lanzan los rayos con los que aniquilan a todos. ¿Cómo son derrotados los marcianos? No por los humanos, porque los marcianos devastan la Tierra. Ya ni Dios pareciera ayudar a los humanos, porque todos se refugian en las iglesias. No obstante sí, Dios los ayuda, porque los marcianos son derrotados por las bacterias terrestres. Los humanos están inmunizados contra esas bacterias, pero los marcianos no. Entonces, esas pequeñas bacterias derrotan a los marcianos, a quienes antes les habían tirado una bomba atómica que no les había hecho nada. En cambio las minúsculas bacterias, de la gripe o del resfrío, esas a las que no les damos importancia, mataron a los marcianos y nos salvaron. El mensaje era claro: si los comunistas entran en Estados Unidos, les va a ocurrir lo mismo. Pero ¿qué bacterias los iban a matar? Las del *American way of life*. La libertad, la democracia, los derechos individuales; es decir, el espíritu de la tierra de los libres —*land of the free*— y el hogar de los bravos —

home of the brave—. Estas son estrofas del himno norteamericano. Así derrotaron a estos marcianos, apestosos, comunistas.

La persecución del enemigo interno

El que hará la remake de *La guerra de los mundos* será Steven Spielberg, con un *all american boy* como Tom Cruise como protagonista. Aquí el comunismo ya cayó. Aquello que llaman «la toma de La Bastilla de nuestro tiempo», que es el derrumbe del Muro de Berlín, ha abierto una época de libertad y bonanza para todo el mundo. Como todos sabemos, el mundo está en un momento esplendoroso desde la caída del Muro de Berlín hasta acá. No cabe ninguna duda.

¿Qué sucede con esta remake de *La guerra de los mundos*? Que ya no se refiere a los marcianos, sino a un enemigo oculto en Estados Unidos, en el hogar de los bravos y la tierra de los libres. ¿Cuál es este enemigo oculto? A partir del *Nine-eleven* (11 de septiembre de 2001), los norteamericanos comienzan a pensar que el enemigo está adentro. El fundamentalismo islámico no es el total responsable del atentado contra las Torres Gemelas, sino que ha tenido importantes cómplices dentro del territorio de Estados Unidos. ¿Dónde estaban esos cómplices? Aquí surge la teoría de Donald H. Rumsfeld, de *las células dormidas*. ¿Dónde estaban las células dormidas? En el corazón de Estados Unidos. ¿Por qué entonces los marcianos ya no vienen del exterior? Porque están adentro. En la película de Spielberg, los marcianos no vienen de afuera, sino que emergen de adentro de la tierra. Esta es la gran sorpresa de la película. Surgen de adentro, y son poderosos artefactos que devastan la tierra de los libres.

Lo que expresan los norteamericanos es la teoría del enemigo interno. Esta teoría es fatal para cualquier país, porque nos caracteriza a todos como posibles enemigos internos. Hay un enemigo externo, que es el fundamentalismo islámico terrorista, pero hay un enemigo interno que colabora con él. De esta manera, Estados Unidos se convierte en un país vigilado. Recordemos la gran novela de George Orwell, *1984*, en la que habla del *Big Brother*, aquel que vigila a todos. Todos son vigilados para que el Estado tenga la seguridad de saber dónde está cada uno en cada minuto.

Quizás el lector recuerde que durante la dictadura argentina había un eslogan que se emitía a cada momento por televisión: «¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?». Eso es una sociedad vigilada. En Nueva York, en este momento, hay cámaras de televisión en todas partes. Donde uno entra, ve una cámara que lo está filmando. Y estos regímenes que buscan la caza del enemigo interior fomentan la delación, la delación del diferente. El diferente no es sólo aquel que piensa distinto, sino el que vive distinto, y que actúa de un modo que el poder considera mortal para la esencia de la nación. Ese es el diferente y a ese hay que delatar. Es la doctrina McCarthy, una de las doctrinas más agresivas y que más ha negado los esenciales derechos humanos de los ciudadanos a lo largo de la historia del siglo XX.

En cada país hay muchos ciudadanos diferentes, pero el terror de la persecución tiene la característica de no especificar las causas de la culpabilidad. El terror realmente implica que nadie sabe por qué es culpable. Es, como viéramos, el clima kafkiano del Estado totalitario. El Estado totalitario no tipifica la culpa. De ese modo, todos somos culpables. Entonces la delación se torna totalmente efectiva y cualquiera puede ser víctima de ese terror del Estado.

Por eso el macartismo, esa caza de brujas, fue una de las formas más canallescas de la persecución en el siglo XX, así como su nueva mutación: la persecución del enemigo interno.

Capítulo 12

La doctrina de la seguridad nacional

La *Organisation de l'Armée Secrète*

Los paracaidistas franceses son famosos por haber constituido un grupo de elite violento que se dio a sí mismo el nombre de *Organisation de l'Armée Secrète* (Organización del Ejército Secreto, OAS). La OAS comenzó a actuar a partir de la guerra de Indochina (1945-1954), de la derrota de Dien Bien Phu, y su principal teórico fue el coronel Roger Trinquier (1908-1986), que escribió un libro titulado *La guerra moderna* (1961). En ese texto empiezan a basarse todos los ejércitos para sus tareas de contrainsurgencia. Así elaboran la Doctrina de la Seguridad Nacional. Se trata de una doctrina bipolar, que plantea la lucha entre el «mundo libre» y el «mundo marxista». El «mundo marxista» es un mundo cuya cualidad esencial es la expansión. El marxismo se expande. En consecuencia, el «mundo libre» tiene la misión de detenerlo. Esta es la Guerra Fría, conformada por dos polos: la URSS y Estados Unidos. Se la denominó «fría» porque ambos polos eran conscientes de que tenían tanto armamento nuclear que un enfrentamiento directo entre ellos hubiera resultado catastrófico para toda la humanidad.

Entonces, se llama Doctrina de Seguridad Interna a aquella que se aplica en los países de la órbita occidental que deben cuidar su seguridad fronteras adentro. Fronteras afuera, es el imperio, Estados Unidos, el que se encarga de enfrentar a la URSS y de detenerla allí donde sea necesario.

Hay un gran miedo al comunismo en todos los sectores dominantes, en las elites y en los ejércitos del Tercer Mundo. El comunismo es una hidra de mil cabezas que se infiltra en los países; o sea, hay que tenerlo constantemente en la mira. Para eso Roger Trinquier escribe el libro *La guerra moderna*. «Estamos librando una guerra contra un adversario ante el cual no hay que tener ningún escrúpulo moral».

Los instructores franceses cobran un enorme prestigio a partir de la Guerra de Argelia. Lo notable es que la OAS ha perdido dos guerras. Pierde la Guerra de Indochina (1945-1954), en la batalla de Dien Bien Phu enfrentándose al general Giáp, y pierde la Guerra de Argelia (1954-1962). De todos modos, como instructores, quedan más validados que los norteamericanos de la Escuela de las

Américas.

A la Argentina llegan por primera vez en 1959 y el Ministerio de Defensa les otorga un piso entero para sus actividades. ¡Qué bien atienden a los torturadores cuando vienen a la Argentina! Hay una foto del general Aramburu presidiendo la reunión con los paracaidistas franceses, con la gente de la OAS. ¿Por qué los llaman? Por una cuestión fundamental. Los militares argentinos están seguros de que tienen que emprender una lucha contra el marxismo. Más que ser antiperonistas, o quizás justamente por serlo, quieren frenar al marxismo. Porque temen que del peronismo revolucionario surja una fuerza marxista. De ahí la larga proscripción de dieciocho años. «Si Perón vuelve —dicen—, de esas masas peronistas va a surgir un movimiento marxista, que seguramente Perón no podrá dominar y que terminará dominándonos a nosotros».

Lo que late dentro del peronismo es el marxismo. Esto es lo que interpreta el Ejército argentino desde 1959. Esa es la guerra moderna. La guerra contra el peronismo es la guerra contra la latencia del marxismo dentro suyo.

Guerra Fría y guerras «calientes»

La finalidad de la Guerra Fría está muy clara, por eso la dan por terminada cuando cae el Muro de Berlín: porque cayó el comunismo. La Guerra Fría es una lucha contra el comunismo y sus intentos expansivos. Y a pesar de ser «fría», tiene sus luchas «calientes» en los territorios periféricos. Si bien la URSS y Estados Unidos no mantienen una guerra directa entre ellos, lo hacen en los países del Tercer Mundo, donde las guerras son concretas y calientes, como por ejemplo en Vietnam. Ocurre que Vietnam del Norte (que es comunista) avanza sobre Vietnam del Sur, y se corre el riesgo de que lo devore. Entonces Estados Unidos interviene directamente. Intervenir directamente en territorio vietnamita implica enviar muchos soldados norteamericanos. Había dos posibilidades de hacer esa guerra, que fue de 1964 a 1975: por aire únicamente, con bombas de napalm y en última instancia con bombas nucleares de poder reducido, como va a plantear el durísimo general Curtis LeMay; o por tierra, que fue el intento más

costoso. La hacen por tierra, pero cuando el soldado norteamericano llega a Vietnam y ve la selva no entiende nada, no sabe en qué territorio está. Es un territorio que desconoce. Además, ha sido enviado a una guerra sin comprender muy bien por qué. Le dijeron que tiene que ir a luchar por el estilo de vida americano —*the American way of life*, como aquí también Videla declaró en un juicio que luchaba por el estilo de vida argentino.

Los soldados fueron enviados a Vietnam a luchar por el estilo de vida americano. Para un soldado que tiene que morir y matar, estas son abstracciones. Era muy distinto para los Vietcong, que peleaban en su territorio, en su patria, que conocían el terreno, estaban acostumbrados al clima y sentían, sobre todo, que estaban siendo invadidos y debían defender el suelo patrio. El soldado americano, por el contrario, se preguntaba: «¿qué hago acá? ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué es Vietnam? ¿Por qué estoy aquí?».

Si bien les enseñan constantemente lo que se inculca en toda guerra, que «no matan seres humanos sino comunistas», «enemigos de la patria», «enemigos del sistema capitalista», «enemigos de la democracia occidental», en determinado momento todo soldado se da cuenta de que está matando hombres. Cuando le clava la bayoneta a un vietnamita, aunque odie sus rasgos, escucha su grito y su dolor, ve la sangre. Es muy difícil convencerlo de que mató a una idea enemiga y no a un hombre.

Hay una remera que se vendió durante mucho tiempo en Nueva York que decía: «¡Únase al Ejército! Conozca territorios exóticos, conviva con sus habitantes ¡Y mátelos!». Esta remera expresa lo que siente el soldado norteamericano. Llega a un territorio exótico, una selva distinta a todo lo que conoce, donde se esconden los vietnamitas, se mimetizan con la naturaleza, y a esa gente extraña hay que matarla.

La Doctrina de la Seguridad Nacional les ordenaba precisamente eso: que tenían que matarla porque era necesario frenar al comunismo, porque si se expandía y conquistaba el mundo, la democracia habría de morir. Entonces ellos estaban ahí para pelear por una gran causa trascendente, que involucraba a la humanidad entera: la defensa de la democracia en el mundo. No lo podían creer. Lo único que sabían en concreto era que, en ese territorio desconocido, cada vez les resultaba más difícil matar a esa gente.

Entonces surgen dos elementos: el rock & roll y la droga. Serán fundamentales en la Guerra de Vietnam.

Los «Boinas Verdes»

De un modo u otro, los soldados recibían muy buena cocaína en la Guerra de Vietnam. Y tenían esas radios enormes, con las que escuchaban rock & roll durante todo el tiempo en que no combatían. Mientras no estaban en batalla, vivían enajenados. No querían pensar, porque la única posibilidad de volver a la batalla era no pensar en las condiciones de esa batalla.

Lo único que les decían era que estaban ahí para frenar la expansión internacional del marxismo. Para ellos eso era una burbuja, sin un contenido real como para lanzarlos a la batalla con la furia con que iban los vietnamitas.

Por otro lado estaban los Boinas Verdes, algo bien distinto. Los Boinas Verdes son un equipo especial, como los paracaidistas de Roger Trinquier. De hecho, habían sido adoctrinados por los paracaidistas franceses. Los paracaidistas franceses Paul Aussaresses (1918-2013) y Roger Trinquier (1908-1986) habían tenido más éxito en el adoctrinamiento para la guerra y para la tarea de inteligencia que la Escuela de las Américas. El libro de Trinquier era muy consultado por maestros en el arte de la guerra. Los métodos que propone son claramente el dolor, el sufrimiento y la tortura. «Para saber cómo se derrota al enemigo hay que conocer sus secretos. Para conocer sus secretos, hay que torturarlo».

El Plan Fénix (Vietnam 1967-1972) que desarrollan los Boinas Verdes consiste, primero, en crear terror en la población. En ese sentido, es muy similar a lo que ocurrió aquí en la Argentina. Para crear terror en la población, hay que matar inocentes. Si se matan inocentes, se va a lograr el terror de todos. No se sabe a quién matan. Lo fundamental del terror es que no tenga reglas. Como dijéramos, cuando nadie sabe por qué se está matando, el terror es enorme. Así, los del Plan Fénix consiguen lo que en realidad buscaban: que los vietnamitas denuncien a los guerrilleros. Por otra parte, eran terriblemente vengativos. Al comienzo, por cada uno de ellos, mataban diez o veinte de los otros. Hacia el final, mataban quinientos. Esas eran las represalias de los Boinas Verdes. Trinquier

había establecido en su libro la matanza de inocentes y la tortura. *Los Boinas Verdes* (1968) es una película protagonizada por John Wayne, horrorosa, una especie de monumento a la figura del Boina Verde como ícono del gran guerrero americano. Este gran guerrero americano era un especialista en matar inocentes y en torturar.

La Guerra de Vietnam fue una guerra terriblemente sangrienta, y un enorme fracaso estratégico-político para Estados Unidos.

«Con la sangre se aprende mucho»

Todos sabemos que el 20 de junio de 1973, en el palco preparado en Ezeiza para recibir al general Perón, se hablaba en francés. Nadie entendía por qué. Parecía un rumor dislocado, una versión de locos. Pero sí. Se hablaba en francés, porque ahí estaban los instructores de la Organización del Ejército Secreto. Ellos habían arreglado sus cuestiones con el ejército de López Rega en Europa y ocuparon un lugar en el palco de Ezeiza, no como protagonistas, sino observando ya cómo iban a armar las bandas clandestinas que se organizaron apenas Perón llegó al país. Partimos de aquí, entonces. Perón llega al país y ya están actuando, en el palco de Ezeiza, torturadores profesionales de la OAS. Vale decir, aplicando la Doctrina de Seguridad Nacional. Esto se va a plasmar en grupos como la CNU (Concentración Nacional Universitaria) y el CdeO (Comando de Organización) y dará surgimiento a la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). La Triple A va a llevar, luego de un trágico y patético gobierno de Isabel Perón, al golpe de Estado de Videla en 1976.

Jorge Rafael Videla (1925-2013) sí es un alumno decidido de Roger Trinquier y de los franceses. Incluso el general Alcides López Aufranc, en un documental que se llama *Escuadrones de la muerte: la Escuela Francesa* (2003), de Marie-Monique Robin, se jacta de que el Ejército no se preparó en la Escuela de las Américas. «Los norteamericanos estaban celosos» —dice— «porque nosotros estudiamos con los franceses».

«La doctrina del señor Trinquier enseña muchas cosas», dice López Aufranc en ese film, con un estilo de Conde Drácula que tiene. Y agrega, con una sonrisa, una frase muy reveladora: «¿Sabe qué pasa? Que con la sangre se aprende mucho». Marie-Monique

Robin se queda helada, todos nos quedamos helados, pero es una abierta confesión de la metodología del Ejército argentino. «Con la sangre se aprende mucho». Se trata de enseñar dolorosamente. Esto no es nuevo. El castigo siempre ha funcionado. Hay un antiguo refrán de la educación que dice: «La letra con sangre entra». Así, podríamos definir a la tortura que se inflige bajo la dictadura como una aplicación racional del dolor.

Como dijimos, que el ser humano sienta dolor resulta esencial para la tortura. Podría haber ocurrido que el ser humano no sufriera el dolor, que no padeciera, pero el sufrimiento nos es constitutivo. Se nos da sobre todo en la carne, en el cuerpo. Existe, por supuesto, un sufrimiento moral que también se explotó terriblemente. Pero cuando el cuerpo es presionado, tironeado, cuando se le aplica electricidad, sufre, y el prisionero grita y finalmente confiesa.

Lamentablemente, a esta altura de la civilización, la tortura sigue siendo el arma más efectiva que un ser humano aplica contra otro. Y decir «a esta altura de la civilización» no significa nada, porque los derechos humanos están enmudeciendo más que nunca.

La idea del sufrimiento es en verdad una de las causas de los derechos humanos. Una de las grandes causas de los derechos humanos es que los seres humanos no sufran dolor a manos del poder. Entonces, la Doctrina de la Seguridad Nacional se opone a esto, porque diría: «Nosotros necesitamos el dolor, porque de ahí sacamos la verdad. Así que vamos a seguir provocándolo en aquellos a quienes atrapamos, porque llevándolos a un dolor intolerable, ahí, en ese punto, surge la verdad, y nosotros, los torturadores, triunfamos».

Capítulo 13

El genocidio en la Argentina

El poder económico detrás del Golpe

No deje este libro. Junte coraje y lea. Porque en este país pasaron cosas muy terribles, de las cuales muchos no se quieren enterar. Y tienen que enterarse. Porque si en el momento no pudieron hacer nada, está bien, no pudieron hacer nada. Pero no poder hacer nada y además no querer enterarse, ya es ser un cómplice. Ser un cómplice es algo muy feo. De modo que si uno no pudo hacer nada, por lo menos tiene el deber de saber bien lo que pasó. Y en los párrafos siguientes, honestamente, se lo vamos a contar.

El 24 de marzo de 1976, fecha infausta en la historia argentina, los militares —el Ejército, la Marina y la Aeronáutica— dieron un golpe de Estado. No fue sólo un golpe militar. Ya se rumoreaba que lo que venía no tenía precedentes, y en verdad nunca había ocurrido. Nunca se había llegado a un grado tan extremo de represión, de crueldad, y a una medida tal como la instauración de campos de concentración en este país. Estamos acostumbrados a creer que el Golpe del 76 fue estrictamente castrense, militar, porque inmediatamente aparece la Junta compuesta por representantes de las tres fuerzas armadas: Videla, Agosti y Massera. Pero no. El Golpe del 76 fue sostenido, requerido, exigido y pedido por grupos civiles económicos muy importantes, por el liberalismo argentino, que quería la destrucción del Estado, la libertad de mercado, la libertad de los capitales, el capitalismo financiero y los préstamos del exterior, que fueron los que conformaron la impresionante deuda externa que ese gobierno dejó, aparte de la deuda interna en cuanto a vidas humanas.

El golpe militar fue facilitado por los errores de mucha gente. Fundamentalmente, del gobierno peronista y de la guerrilla, que se dedica a acciones tan temerarias y absurdas como el asalto al Batallón de Arsenales de Monte Chingolo (23 de diciembre de 1975), donde mueren asesinados muchísimos guerrilleros, y que Santucho considera la operación más grande después de la toma del Moncada por Fidel Castro.

Lo cierto es que constituye la alfombra roja para el golpe. Ahí es cuando Videla dice: «Hay 90 días para que el gobierno se rectifique y, si no, vamos a dar el golpe». No obstante, el verdadero golpe

tampoco es contra el peronismo. El verdadero golpe es contra el marxismo. Las Fuerzas Armadas argentinas, formadas en la Doctrina de la Seguridad Nacional francesa, luchan contra el marxismo como parte fundamental de la Tercera Guerra Mundial. Ellos están librando la Tercera Guerra Mundial. La Guerra Fría fue la Tercera Guerra Mundial, y aquí se libró una de las guerras «calientes» de esa Guerra Fría.

El gobierno argentino toma a la guerrilla como excusa. La guerrilla ya estaba derrotada, desbandada. Incluso Santucho, poco antes de morir, realiza una autocrítica. Montoneros estaba en el desbande. Rodolfo Walsh (1927-1977) hace una caracterización de lo que es el año 76: «Grupos intelectuales y profesionales, en desbande». O sea, en terror, como la mayoría de la población, que tenía mucho miedo. El miedo es un elemento fundamental del golpe militar.

No hay dos demonios

La subversión estaba derrotada en 1976, de modo que la lucha contra la guerrilla fue una excusa para imponer un plan económico y liquidar a todos los sectores políticos del centro a la izquierda. «Luchamos contra la subversión». «La subversión es terrible». Esa fundamentación se escuchará constantemente. Sirve para instaurar en el país un sistema económico que favorece a las grandes empresas. Las pequeñas y medianas empresas se funden, todas las fábricas cierran sus persianas. Las grandes fábricas y monopolios, para los cuales se ha hecho este golpe, se las devoran.

El golpe también se hace para robar. Guillermo Walter Klein (secretario de Estado de Programación y Coordinación Económica en 1976-1981) no necesita préstamos, pero los bancos norteamericanos se los ofrecen y él los toma a cualquier tasa. Así se va formando la deuda externa. Con ese dinero se equipan los militares, se los quedan los grandes empresarios, se compran conciencias. Es un dinero corrupto, ilegal. Y sobre el fin de la dictadura, en 1982, el señor Domingo Cavallo —luego economista de Menem y De La Rúa— estatiza la deuda externa, la hace formar parte del Estado. Y ahora da conferencias por el mundo. A 30 mil dólares la conferencia. Hay hombres que nacen así, con estrella.

El golpe es terriblemente sanguinario, y esto aterroriza a toda la población. Hay una teoría con la que comienza el *Nunca Más* (Informe de la Comisión Nacional de Desaparición de personas, CONADEP, 1984): «Una misma violencia agitó a la Argentina durante los años 70». Es un gran error, que quizás el alfonsinismo concedió porque era demasiado temprano para decir la verdad. No hubo una misma violencia de distinto signo. La violencia estatal es privativa del Estado y no puede ser comparada con ninguna otra violencia. La otra violencia puede ser la de grupos civiles, pero los grupos civiles no pertenecen al Estado. El Estado, además, tiene la obligación de hacer un uso legal de la violencia, ligado a la Justicia. Y esto no se hizo así. Se llevó a cabo una violencia clandestina, basada en la desaparición de los cuerpos.

No hay «dos demonios», sobre todo, porque por cada militar que moría los familiares tenían el cuerpo y lo podían velar, enterrar. Su madre, su padre, su hijo o quien fuera, podían ir al cementerio, podían llorar, podían rezar. Sabían que había muerto y sabían que no iba a volver más. En cambio, la madre del desaparecido vive una angustia terrible porque no tiene el cuerpo, no tiene cómo velarlo, cómo enterrarlo, dónde llorarlo. Y sobre todo, siempre está esperando que vuelva. Cada paso que oye a la noche, cree que es su hijo que regresa. Esto aniquila por completo la teoría de los dos demonios. Hay que pensarlo desde ahí. Unos tuvieron los cuerpos y otros no los tuvieron. Se acabó, no hay dos demonios.

Los indiferentes y los tímidos

La represión no estaba instrumentada para exterminar a la guerrilla. Por supuesto, los grupos guerrilleros —que insistían en pequeñas acciones sin trascendencia— eran detenidos y llevados a la ESMA, torturados para obtener confesiones y aniquilados. Pero la represión se hizo y el golpe se dio para imponer el plan neoliberal de José Alfredo Martínez de Hoz (1925-2013), que era presidente de Acindar, una empresa poderosa. Martínez de Hoz renuncia a Acindar y se adueña del Ministerio de Economía (1976-1981). Pertenece al largo linaje de los Martínez de Hoz, desde los poseedores de la tierra hasta «Joe», con sus enormes orejas y su complicidad perversa con el régimen.

Hay militares desbocados, que dicen cualquier cosa, porque el grado de impunidad es absoluto. De ahí el terror. Un día, Ibérico Saint-Jean (gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 1976-1981), para acentuar bien el miedo en todos, dijo: «Nosotros, los militares, primero vamos a matar a los subversivos, después a los cómplices, después a los familiares, después a los amigos, después a los indiferentes y, por último, a los tímidos». ¡A los tímidos!

Usted imagine que está viviendo en una sociedad donde el gobernador de la provincia de Buenos Aires, un militar duro al que no le importa matar a quien sea, dice que se propone matar hasta a los tímidos. Y usted no sólo es tímido, es indiferente. Quiere pasar inadvertido. Pero el general Saint-Jean dice que a los que quieren pasar inadvertidos también los van a matar. Y eso lo dice también otro personaje, tan siniestro como Saint-Jean, que ahora está preso. Fue el primer civil preso por connivencia, por apoyar, por ideologizar al golpe del 24 de marzo. Es el doctor Jaime Smart (ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en 1976-1979) quien en el diario *La Nación* del 12 de diciembre de 1976, en un gran título de tapa, dice: «Desenmascarar a quienes armaron a la subversión». Pensemos, ¿quién cree usted que armó a la subversión? Quizás las armas que venían de la URSS, de China, quizás de Cuba. No. ¿A quiénes se refería? A los profesores de todos los niveles de la enseñanza. Jaime Smart dice: «El gobierno de la provincia de Buenos Aires sabe que el origen de la subversión es ideológico». Y aquí es donde empiezan a pagar la cuestión los profesionales, los maestros, los profesores, los académicos. Entonces, con cinismo total, el doctor Smart continúa: «Ahora esos que armaron la subversión quieren pasar desapercibidos», dando a entender que no lo lograrán, que no pasarán desapercibidos, que los van a agarrar. Y en efecto, en Bahía Blanca se hace una caza de brujas impresionante comandada por el general Acdel Vilas (segundo comandante del V Cuerpo del Ejército de Bahía Blanca) y el diario *La Nueva Provincia*, que colabora con la Armada. Costó la vida de muchos profesores que no habían hecho otra cosa que incluir en sus bibliografías un libro de Paulo Freire o de Marx. Sólo eso. Por eso los fusilaron.

El Estado y los juicios de lesa humanidad

Todo esto se pudo haber hecho de otra forma, sin campos de concentración, sin tortura, sin hacer desaparecer a la gente, sin tirar a seres humanos vivos desde los aviones al Río de la Plata. Se pudo haber hecho con la Justicia, como se hizo en Italia con las Brigadas Rojas. En el film de Marie-Monique Robin que mencionáramos, *Escuadrones de la muerte* (2003), aparece el general Ramón Genaro Díaz Bessone, un convencido de la tortura y de la muerte, y dice: «Imagínese cómo nosotros íbamos a fusilar públicamente a 8 mil personas, porque fueron 8 mil nada más».

Las cifras no importan. Las Madres de Plaza de Mayo dicen 30 mil. Yo les creo a las Madres. ¿Qué quieren? ¿Qué negociemos las cifras? Pongamos un muerto acá. ¿Y? Es más fuerte que cualquier estadística. Un muerto es más fuerte que decir 20 mil, 30 mil, 6 millones u 800 porque, como afirma Tzvetan Todorov, «Un muerto es una desgracia, 20 mil muertos es una estadística».

Y no se aplicaron los derechos humanos. El Estado tiene el imperativo de aplicar la Justicia; para eso es el Estado. El Estado no es una banda, pero dejó de lado la Justicia para convertirse en una banda, una banda clandestina, y actuar por medio de los grupos de tareas. Todo esto se hizo para lograr otro país, para terminar en última instancia con el populismo estatal peronista e inaugurar una economía neoliberal de mercado aliada a los Estados Unidos. Una economía alimentada por los créditos del exterior, con el Estado como cómplice de esta tarea económica.

El 18 de marzo de 2001, Rogelio García Lupo (1931-2016), brillante periodista argentino, publicó en el diario *Clarín* «El complot del Doctor Perriaux. La conspiración civil». Jaime Perriaux fue un aventurero, pero además un hombre de mucho dinero, y asesoró a los militares en cuestiones económicas. Perriaux fue el puente entre militares y civiles. Era un civil, rodeado de civiles, que tenía claramente una ideología de colaboración con el plan de las Fuerzas Armadas. Muchos civiles colaboraron con el golpe.

En Holanda, cuando Máxima Zorreguieta se quiso casar con el príncipe, investigaron profundamente a su padre y no le permitieron asistir al casamiento, porque Jorge Zorreguieta (1928-2017) fue secretario de Agricultura, Ganadería y Pesca

(1979-1981) de la dictadura asesina argentina. Entonces Holanda, un país que si ganaba el Mundial del 78 no iba a recibir la copa para denunciar las violaciones a los derechos humanos de la dictadura argentina, lo impide. Dice: «el señor Zorreguieta, no. La chica que se case, pero el señor Zorreguieta a Holanda no entra, porque fue cómplice de un gobierno de asesinos».

Los partícipes de la dictadura son juzgados por delitos de lesa humanidad. Pasemos a aclarar qué es un delito de lesa humanidad. El Estado no puede cometer crímenes arbitrarios. El Estado tiene que hacer justicia y, cuando apresa a alguien, debe suponer, ante todo, que esa persona es inocente y luego demostrar su culpabilidad. Ese es un principio fundamental de la juridicidad de las naciones, desde Hobbes en adelante. Desde el *Leviatán* en adelante, hay que demostrar por lo menos la culpabilidad y después se verá. Todo detenido es inocente. Por eso usted no se asombre si yo le digo que los 30 mil o los 20 mil o los que sean eran inocentes. Los desaparecidos eran todos inocentes, porque ninguno fue juzgado. Ninguno fue juzgado.

En cuanto a la afirmación de que murieron en enfrentamientos, existen muchas dudas. Muchísimos enfrentamientos se fraguaron deliberadamente para pasar listas de muertos que ya habían sido fusilados en los campos de concentración.

Entonces, ¿dónde están los derechos humanos? Las organizaciones de derechos humanos defienden el primer punto de la Declaración: Artículo 1, «Toda vida es valiosa e irremplazable». Esta debe ser la primera verdad que anide en el corazón de todos los hombres. Desgraciadamente no es así, pero si lo fuera, viviríamos en otra clase de mundo.

El terrorismo de Estado, por el contrario, barre con los derechos humanos, y jamás va a considerar que una vida es sagrada, sino que no vale nada. El general Ramón Camps (jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires en 1976-1983) dirá: «Nosotros no matamos personas, matamos subversivos».

Capítulo 14

Los campos de concentración en la Argentina

Ontología del campo de concentración

La palabra ontología es utilizada por Martin Heidegger en *Ser y tiempo* (1927) y refiere al estudio del ser. Cuando decimos *ontología del campo de concentración* estamos afirmando que vamos a estudiar el *ser* del campo de concentración. El campo de concentración, ante todo, no es habitual en América Latina. El Estadio Nacional en Chile fue el primero, como antecedente de los que luego hubo —y ya veremos cuántos— en la Argentina. El Estadio Nacional funcionó por un tiempo y luego dejó de ser un campo de concentración, y la masacre en Chile se llevó a cabo de todos modos, pero fue mucho menor que la nuestra.

Me baso en el libro *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina* (1998) de Pilar Calveiro. Después de una rigurosa investigación, ella afirma que entre 1976 y 1982 hubo 340 campos de concentración en el país. Por allí pasaron entre 15 mil y 20 mil personas y el 90% de ellas fueron asesinadas. Es imposible precisar el número exacto, hasta es indecente tratar de hacerlo. Sabemos cómo estaba organizado este sistema de crimen. Sabemos qué significa un campo de concentración.

El campo de concentración es un espacio autónomo. Por eso ocupa, en general, un lugar aislado del resto de la ciudad o del país. Es un territorio que suele estar delimitado por alambre de púa, tiene un panóptico que Foucault describe muy bien en *Vigilar y castigar*, un lugar desde el cual se ve a todos los prisioneros pero nadie ve a los carceleros, y tiene torres de vigilancia. Del campo de concentración no se escapa nadie y a quien intenta escapar, se lo mata. El campo de concentración es, además, un lugar acumulativo. Se acumulan personas. Se acumulan los culpables, los sospechosos o los inocentes, porque un régimen de terror tiene que secuestrar inocentes también. De ahí que cuidado con aquellos que reclaman «con los militares estábamos mejor», porque *nadie* puede estar seguro con un régimen militar. He conocido a muchos eminentes señores burgueses, médicos, arquitectos, que perdieron a sus hijos y no sabían por qué. Quizás los perdieron porque era necesario matar a un inocente para crear el terror. No hay nada más efectivo para crear terror que matar a alguien que no tiene nada que ver con

nada. Todos los demás se aterrorizan. «Si a aquel que no tenía nada que ver con nada —piensan—, que era un buen vecino, o al almacenero, lo mataron y lo secuestraron, ¿qué puedo esperar yo? Estamos todos en peligro. Sólo queda enmudecer». Aquí es donde el terror gana. Donde todo el mundo enmudece, el terror ha triunfado.

La tortura como tarea de inteligencia

En nuestro país se impuso la Doctrina de la Seguridad Nacional de los franceses. Incluso, como dijéramos, el general López Aufranc afirma que los norteamericanos estaban celosos, porque los militares argentinos no se educaron en la Escuela de las Américas sino con los franceses y con el manual de Roger Trinquier, *La guerra moderna* (1961). Entonces, así como los franceses en Argelia usaban la tortura como medio para obtener información, en los campos de concentración argentinos ocurrió lo mismo y se lo llamó «tarea de inteligencia». Es un modo cruel de llamarlo, pero también muy exacto, para que se vea que no siempre la inteligencia es buena. Se puede ser inteligente y ser un gran cretino moral. Se puede ser inteligente y ser un asesino. También es cierto que a esa canallada de torturar a un ser humano la llaman «inteligencia» porque a través de ella obtienen información. Torturan a sindicalistas, a directores de comisiones internas de hospitales, a estudiantes de 16 años y a veces a algún guerrillero. Hay una horrible racionalidad en la tortura. La tortura no es un acto de locos de los seres humanos. No. Los seres humanos calculan cuidadosamente la tortura, y también por eso es un acto de inteligencia. Los torturadores van y le echan agua al torturado, que está sobre el elástico metálico de un camastro, y le aplican corriente eléctrica en el cuerpo. Supongamos que el torturado se desmaya. Viene el médico con su estetoscopio, escucha y les dice que pueden seguir, que lo va a tolerar. O les dice que esperen un poco, que está al borde, o que se quedó. El médico cree que está haciendo una tarea patriótica, que lo hace por la patria. Como el cura que consuela al piloto que baja del vuelo de la muerte. Si lo ve mal, por la angustia que implica la atrocidad de tirar cuerpos vivos desde los aviones, el cura le dice: «Hijo mío, has hecho una tarea divina. No sufras, porque Dios está de tu lado y del nuestro. Estás haciendo algo necesario, y Dios te lo va a

recompensar». Con estas palabras calma la conciencia del asesino. Esa es la tarea del cura en esos casos.

Veamos el caso argelino, que tiene mucho que ver con el argentino, porque fueron esos agentes de contrainsurgencia los que adiestraron a los locales. En la película *La Batalla de Argelia* (Gillo Pontecorvo, 1966) hay una escena memorable. El general Mathieu (nombre que le pusieron en la ficción al general Massu, que comandaba a los paracaidistas franceses en Argelia) está dando una conferencia de prensa. De pronto se levanta un periodista y con mucho coraje dice: «general Mathieu, acá hemos hablado mucho y hay una palabra que no se ha pronunciado y creo que hay que decirla». Mathieu, que es muy inteligente, contesta: «Usted se refiere a la palabra tortura». «Sí, general. A la palabra tortura». «¿Ustedes me quieren preguntar si nosotros torturamos?». «Sí, general». «Sí, nosotros torturamos, pero tenemos que hacerlo». Y el periodista, con un valor que acá le hubiera costado la vida, dice: «no sé, general. La legalidad es incómoda». Se trata de una frase gloriosa para los derechos humanos. La legalidad es incómoda, y este es el fundamento de un Estado civilizado. La legalidad es incómoda con los ladrones, con cualquiera que presuntamente delinque y es inocente hasta que no se demuestre su culpabilidad, la legalidad debe regir y es incómoda. Entonces Mathieu dice: «yo no puedo aplicar la legalidad, porque sólo tengo 24 horas para que este hombre confiese. Pero usted no tiene que preguntarse si yo o el Ejército francés torturamos. Usted tiene que preguntarse si quiere que Francia se quede en Argelia. Si quiere que Francia se quede en Argelia, no me pregunte por los métodos que utilizo para conseguirlo».

Videla hubiera dicho: «no me vengan con cuestiones de derechos humanos. Aquí se trata de si ustedes quieren que el Ejército Argentino derrote a la subversión. Si quieren eso, no nos pregunten por el método que utilizamos para conseguirlo».

La desaparición de personas

La enorme diferencia entre el general Videla y el general Mathieu es que Mathieu luchaba contra un pueblo armado. Era el Frente de Liberación Nacional, apoyado por el pueblo argelino. Y es el pueblo

argelino el que hace la revolución. Videla, en cambio, luchaba contra pequeños grupos civiles desparramados por el país. Y contra la mayoría, ni siquiera luchaba. Secuestraba directamente a comisiones internas señaladas por los empresarios. Los empresarios civiles les avisaban a los militares que determinada comisión interna se estaba organizando por los derechos de los trabajadores y barrían a la comisión interna entera. A muchos empresarios, para hacerlos partícipes y responsables, los llevaban a las sesiones de tortura.

La técnica fundamental que se aplica es la desaparición de personas. En un célebre fragmento fílmico documental, Videla dice que un desaparecido «es alguien que no está, se evaporó», por lo tanto no le trae ningún problema a él. No es como el caso de los tres fusilados de Franco que conllevaron una condena del Papa. No, los desaparecidos no le traen problemas a Videla. Pero para los familiares de los desaparecidos, el problema es bien real, gravísimo, terrible.

En la ESMA se torturaba más que en Auschwitz, y esto no es nada caprichoso. En Auschwitz no se buscaba información. Los nazis no necesitaban información de los judíos. Con que fueran judíos, ya era suficiente. El problema en Auschwitz era qué hacer con los cuerpos. Por ejemplo, mataban 10 mil personas por día. Esto se ve en la película *Juicio en Nüremberg*. Los llevaban y les decían que iban a tomar una ducha, y de las duchas en lugar de agua salía gas. Se trata de la técnica aplicada al servicio de la muerte. Zyklon-B era la empresa que entregaba el gas para los campos de concentración. Zyklon-B es el símbolo de la muerte. Pero los nazis no veían en eso un problema. Cuando sacaban los 10 mil cuerpos, el problema era dónde ponerlos. No se trataba de una cuestión moral, sino de la mera disposición de los cuerpos. La muerte se torna mecánica. Es un acto burocrático. Porque al matar a tanta gente, ya se lo toma como un trabajo. Incluso en la ESMA, también se fichaba el ingreso. El torturador fichaba su hora de entrada como un oficinista.

Ahora, no por esto debe creerse en la teoría de la banalización del mal de Hannah Arendt (1906-1975). Ella tiene un ensayo muy fascinante que se llama *Eichmann en Jerusalén. Un ensayo sobre la banalidad del mal* (1963) basado en Eichmann, quien dirigió el

campo de Auschwitz. Allí afirma que el mal, en Eichmann, era banal. Es decir, que era un hombre que hacía el mal sin pasión, una frase del *Facundo* que Sarmiento le aplica a Rosas. Pero no era así. Adolf Eichmann (1906-1962) era un hombre profundamente ideologizado y que odiaba enorme y abismalmente a los judíos al punto de llevar a cabo una tarea tan arrasadora en su aniquilación. Eichmann no era la banalidad del mal. Eichmann era un nazi que odiaba intensamente, y por eso mataba con tanta efectividad.

Genocidio y sociedad civil: ¿qué hizo la llamada «gente»?

A todo esto, ¿qué pasaba con la sociedad civil? ¿Qué pasaba con el llamado «pueblo argentino»? Hasta ahora, tenemos a los militares y a los grupos civiles que los apoyaban. ¿Qué pasaba con la llamada «gente»? *Gente* era una revista totalmente comprometida con la ideología militar. Tiene una tapa famosa, célebre, que supone la mayor agresión a los derechos humanos. Allí se puede ver una foto de Norma Arrostito, de la organización Montoneros, y un sello sobre ella que dice «Muerta». *Gente* había arreglado con los militares que había que dar la noticia de su muerte un año antes de que la mataran, ignoro por qué. También lo hicieron otros medios. Ninguno tuvo la macabra idea de poner la foto y el sello de «Muerta», como si se tratara de un expediente burocrático y no de una vida humana, esté o no alguien de acuerdo con lo que esa persona pensaba. Nunca una vida merece un sello burocrático, porque es mucho más que eso. Sin embargo, la sociedad civil compraba *Gente*, *La Nación*, *Clarín* y *La Razón*, que era el diario oficial de los militares. Los diarios no sólo daban las noticias que ofrecían los militares, muchas de ellas falsas, sino que informaban que habían matado a distintas personas en «enfrentamientos», cuando en realidad las habían asesinado en los campos de concentración. La complicidad de los medios fue total. La complicidad de la gente fue fraguada por el terror. Había demasiado miedo como para que alguien hiciera algo distinto.

En el Mundial de Fútbol de 1978 salieron todos a la calle a festejar con gran alegría el triunfo argentino. Nadie pensó algo tan sencillo como «ahora, con este triunfo, los militares se van a

consolidar en el poder… Y el hecho de que se consoliden implica que van a torturar a más gente, a desaparecer a más gente». Había una teoría del «peine fino» y del «peine grueso». El peine grueso ya lo habían pasado, ya se habían llevado a todos los que necesitaban. Pero faltaba el peine fino, que era como decía Jaime Smart: todos los profesores de todos los niveles de la enseñanza. Lo que decía Saint-Jean: los tímidos, los indiferentes. Ese era el peine fino. Al ganar el Mundial, tenían más posibilidades de ampliar la represión.

¿A ningún argentino se le ocurrió eso? Yo padecí cada gol de Argentina. Me daba miedo cada gol argentino porque sabía que era terreno liberado para la represión.

Algunos van a decir que no sabían, que les gustaba mucho el fútbol y que fue una oportunidad de salir a la calle y festejar. Pero, ¿qué festejaban, muchachos? El Mundial de los militares. La desgracia fue que Holanda no ganara ese Mundial. Porque, como dijéramos, Holanda había anticipado que no iba a aceptar la copa de las manos de Videla. ¡Qué sorpresa hubiera sido ver a los jugadores holandeses decirle al general Videla: «no queremos recibir la copa de manos de su gobierno, porque es una dictadura sangrienta y porque sabemos que tiene campos de concentración, y Holanda es un país democrático donde defendemos los derechos humanos»!

Desgraciadamente, el poste y los reflejos de Fillol jugaron a favor de Videla. Durante ese tiempo, ya las rondas de las Madres de Plaza de Mayo los días jueves eran un gesto de enorme coraje y valentía. Para los que se pregunten por qué no iban los padres: si iban los padres los mataban a todos. Tenían que ir las madres, porque a ellas, medianamente, las respetaron. Medianamente, porque mataron a Azucena Villaflor (1924-desaparecida el 10 de diciembre de 1977) y a otras madres de ese primer grupo.

Aquí, con mis compañeros de desgracia estábamos evaluando permanentemente: ¿qué hacemos? ¿Nos vamos? ¿Nos quedamos? Y un día viene uno de ellos y me dice «¿Sabés una cosa? En la Plaza de Mayo hay un montón de mujeres con pañuelos blancos que se están juntando. Son locas, ¿no?». De ahí viene ese apodo de «locas de la Plaza», porque había que estar un poco loco para hacer eso, pero eran madres que no tenían a sus hijos y la desesperación las llevaba a un heroísmo tremendo. Hay que respetar mucho, siempre,

a las Madres de Plaza de Mayo, porque si hay alguna dignidad en la Argentina, la sostuvieron ellas. Les debemos, quizás, nuestro único gesto de dignidad bajo una dictadura criminal.

Capítulo 15

Diferenciar entre guerrilla y terrorismo

Selectividad o masividad

Muchos confunden los términos guerrilla y terrorismo. Es necesario diferenciarlos, porque hoy se llama «terrorista» a todo el mundo, y no es lo mismo. No es lo mismo de ninguna manera.

La guerrilla tiene un blanco determinado. Implica eliminar a una persona en particular. El asesinato de José Ignacio Rucci (1924-1973), por ejemplo, fue una típica acción guerrillera. Había que sacar del medio a ese sindicalista que era un elemento fundamental del esquema del Pacto Social de Perón, junto con Geldbard en el Ministerio de Economía. Así, la guerrilla usa el rifle de alta precisión, porque su objetivo es individual. Si no es individual, si es masivo, es terrorismo. Y el terrorismo acude a la bomba. Mata indiscriminadamente. No va a matar a José Ignacio Rucci, va a matar a todos los que pueda. El terrorismo es masivo y la guerrilla es selectiva. Eso no quiere decir que uno sea mejor que el otro. Para nosotros toda vida humana es sagrada, así que estamos totalmente en contra de la violencia.

En la Argentina hubo más desarrollo de la guerrilla, porque existió una enorme influencia de la Revolución Cubana (1959). La Revolución Cubana surge con la guerrilla, pero Fidel Castro (1926-2016) nuclea alrededor de él y de su embestida contra el derrumbado —porque ya estaba derrumbado el corrupto gobierno de Fulgencio Batista— a las masas campesinas y a los sindicalistas de La Habana. La «teoría del foco», la teoría de la vanguardia, la inician ocho guerrilleros que creen que apenas la población se entere de que ellos están en ese lugar se les van a ir plegando. Esta es una historia alimentada por el señor Régis Debray (1940) —un francesito que en ese momento escribió un libro llamado *Revolución en la revolución*— que tuvo nefastas consecuencias.

El islamismo, en cambio, actúa como terrorismo. Por eso hablamos de *terrorismo islámico*. Pero el terrorista islámico es muy distinto del guerrillero o de otro tipo de terrorista, porque se inmola con el acto de terror que lleva a cabo. Muere con la bomba que pone, lo que torna mucho más efectiva su tarea destructiva. Como el terrorismo islámico actúa bajo el imperativo de la Guerra Santa, de la Yihad, como cree en el Corán y en lo que Mahoma les promete

a quienes van al paraíso de Alá, dar la vida no importa. Dar la vida es algo que les va a asegurar una mayor felicidad en la otra vida, donde obtendrán todo tipo de retribuciones por los sacrificios hechos en este mundo. De aquí la efectividad que tuvo el ataque a las Torres Gemelas. Ese hecho sólo podía ocurrir si al piloto que manejaba el avión no le importaba morir. Y no le importaba morir, porque tenía asegurado un lugar en un paraíso que Alá le reservaba por su acción.

«Dios no es neutral»

Lo que sucede con el terrorismo islámico es que no tiene una teoría de superación del sistema de producción capitalista. En este sentido, es muy distinto al marxismo, que establecía una teoría que pretendía superar al sistema capitalista por el comunismo. Así, cuando alguien no puede cambiar algo, lo único que le queda es destruirlo. El terrorismo islámico no puede cambiar a Occidente. No tiene una teoría de recambio histórico del capitalismo occidental. Entonces su recurso es la destrucción.

Claramente Occidente tiene que responder, pero responde de la peor manera. George Bush dice una frase increíble: «Dios no es neutral», con lo cual está afirmando que Dios está de su lado. Aquí, entonces, hay una teoría de la unicidad. Hay un Dios único, que le pertenece sólo a Estados Unidos. No es nuestro, no es de usted, no es mío. Según la religión, Dios ama a todas sus creaturas porque, precisamente, las ha creado. ¿Cómo puede un presidente de un país decir que Dios no es neutral?

Ahí es donde Bush asume a Estados Unidos como nuevo pueblo elegido por Dios para imponer en el mundo la paz de Estados Unidos. Observemos que la religión está utilizada como elemento de guerra.

Repentinamente informaron que habían matado a Osama Bin Laden. Pero nunca nadie lo vio. En cambio, de Muamar el Gadafi (1942-2011) está ese cadáver cruelmente mutilado. Y de Sadam Hussein, ese ahorcamiento cruel y despiadado. Desde el campo de los derechos humanos estamos totalmente en contra de estos líderes del terrorismo, pero también tenemos un reclamo para Estados Unidos, que tanto ha versado sobre la democracia, la libertad

individual y los derechos. ¿Por qué no llevó a juicio a esta gente? ¿Por qué no juzgó a Sadam o a Gadafi o a Osama? ¿Qué clase de democracia es este país que anda matando gente por el mundo y mandando ejércitos a países extranjeros? ¿Cómo se puede defender el concepto de «guerra preventiva»? Supongamos que aquí hacemos algo que a Estados Unidos no le gusta, y nos invade sobre la base de la «guerra preventiva». La idea de guerra preventiva es el capricho total de decidir que en algún lugar del mundo —que casualmente les interesa por sus recursos naturales— existe un peligro para Estados Unidos que lo autoriza a intervenir.

Y en América Latina debemos tener mucho cuidado con la zona de la Triple Frontera, porque Estados Unidos ya ha puesto su interés ahí. Un director norteamericano, J. C. Chandor, ya ha filmado una película donde la muestra llena de terroristas, de narcotraficantes, de gente indeseable, preparando así la oportunidad para que Estados Unidos intervenga cuando lo desee.

Juzgar a los genocidas

Todos los temas que hemos venido abordando se resumen en respetar cada vida humana. Cada vida humana en sí misma debe ser sagrada para el otro. No estamos haciendo arqueología ni estamos hablando del pasado. Estamos hablando del presente. Hoy, en este momento, ahora, están matando a un pibe de 14 años con una bala disparada así nomás, por gatillo fácil. O en algún lugar todavía en la Argentina se está torturando.

Es fundamental que se lleve a la luz lo que pasó en este país. Para nosotros, los derechos humanos son la base de la sociedad, porque afirman que matar está mal. La pena de muerte aquí no existe, no se puede matar. Hay que juzgar y hacer justicia. Para hacer justicia, también es necesario que existan espacios penitenciarios adecuados, donde el condenado entre y no salga peor, sino que encuentre contención.

Los juicios a los genocidas son fundamentales, porque en el futuro, cualquier matarife al que se le pase por la cabeza perpetrar una matanza, quizá lo piense dos veces. Quizá piense que en un país como la Argentina alguna vez se juzgó a los genocidas. Quizás algún futuro genocida diga «cuidado, no matemos, porque la vamos

a pasar mal y nos van a juzgar; vamos a terminar nuestras vidas como seres abominados por todos, enjuiciados, considerados asesinos».

Y estamos hablando de juicios. Es la justicia la que está actuando. No se está secuestrando a nadie. Nadie está desapareciendo. El general Bussi no desapareció. Se murió por su cuenta, pero eso es otra cosa. Todos están siendo juzgados por la justicia del Estado argentino. Se les está dando lo que ellos negaron, porque ellos negaron la justicia. Lo que la tiranía niega es el respeto por el otro. Por eso lo castiga, lo veja y lo ultraja. Lo que la democracia, constituida y urdida por los derechos humanos, no niega es la importancia fundamental del otro. Vivimos todos en una comunidad.

El filósofo Emmanuel Levinas (1906-1995) dice: «Es en el rostro del otro, y en sus ojos, donde se refleja mi rostro. Necesito el rostro del otro para verme».

No puedo vivir solo en el mundo. Tengo que apelar a la comunidad, a la gente que me rodea, comprenderla y pedir que ellos me comprendan para vivir en una sociedad que tenga sentido y esté urdida por el respeto y el amor a la justicia y el desdén a la muerte.

Lo único que se puede desdeñar en este mundo es la muerte violenta, injusta, del otro. El otro es sagrado para mí, como yo soy sagrado para el otro. Los fundamentalismos se guían por este principio, porque el fundamentalismo sólo se valora a sí mismo. Entonces sólo valora su propia religión y la usa como elemento de guerra. «Yo mato y muero en nombre de Alá». El otro dice: «Yo mato al que muere en nombre de Alá en nombre del Dios cristiano de Occidente que está conmigo».

La intolerancia a que el otro piense distinto a mí es el origen de los males y de la violencia. Nadie está equivocado ni es un pecador por pensar distinto. Al contrario, mi pensamiento se enriquecerá con él. El diálogo entre los seres humanos enriquece, pero es necesario llegar al diálogo. Para llegar al diálogo es necesario vencer la pulsión de muerte. La pulsión de muerte, dice Freud, lucha constantemente contra el Eros, que es la fuerza del amor. El Eros debe triunfar, y nosotros estamos detrás de esa posibilidad de triunfo.

Macbeth y una definición de la historia

En la tragedia de *Macbeth* (1623), William Shakespeare elabora una teoría de la historia. En un punto álgido de la obra, Macbeth dice: «la historia es un cuento contado por un idiota, lleno de estruendo y de furia, que no significa nada». Es una frase terrible, y pasaremos a analizarla. O a deconstruirla, como dirían algunos. Por un lado está la historia. ¿Qué es la historia? Es un cuento. Pero está contado por un idiota. Vale decir que la historia no es un devenir racional, como querían Hegel y Marx, sino que está más en línea con lo que veía Benjamin: una cadena de ruina tras ruina ante la cual el Ángel de la Historia se horroriza. Porque la historia está contada por un idiota, de un modo quebrado, fragmentado, incomprensible. Y además la historia está llena de *estruendo* y de furia. Antes se traducía como «sonido» y ahora como «estruendo» o «ruido». La primera traducción fue recogida en el título de la novela de William Faulkner *El sonido y la furia*.

Como vemos, en esta definición de Macbeth no hay nada que tenga que ver con la comprensión, con el amor, con la unidad con el otro. «Lleno de estruendo y de furia, que no significa nada». La historia no significa nada. No tiene sentido. Entonces, para Macbeth, estamos arrojados, solos, a un mundo lleno de estruendo, un mundo en el cual nos empeñamos y nos comprometemos y sufrimos y todo eso no significa nada. No significa más que un gran estruendo en medio de guerras que se han ido entablando a lo largo de la historia.

Estamos convencidos de que Satanás, quizás, gobierne la historia. De que quizás ese idiota sea Satanás, pero que no sólo cuenta la historia, sino que la hace. Nosotros estamos dispuestos también a hacer la historia a nuestro modo. Sabemos que el hombre está regido por el espíritu de dominación. El espíritu de dominación es el espíritu de someter al otro. Y la pulsión de muerte acompaña al espíritu de dominación, porque someter al otro implica muchas veces tener que matarlo o torturarlo.

Entonces aparecen los derechos humanos. Y son violados constantemente. Sin embargo, hay que ser obstinado, empecinado y osado en la tarea de defender la dignidad humana. No es agradable, porque va de un desengaño en otro. Pero también puede ser

reconfortante cuando, por ejemplo, las Abuelas de Plaza de Mayo recuperan a los nietos que les fueron robados por los militares a tantos padres jóvenes, chicos sin identidad, y ellas los restituyen a sus familias. Esa tarea tiene un peso moral tan enorme que nos damos por satisfechos.

Y vamos a emprender otra. Es necesario emprender la tarea de impedir la tortura. No se puede torturar. Un ser humano no tolera la tortura. Nuestra lucha, la de ustedes, la de nosotros, es la de exigir un Estado democrático, inclusivo, que no genere delincuentes de ningún tipo, que respete al otro, que vea en el otro a un ser humano como uno, y que todo intento de ultrajarlo, vejarlo o humillarlo sea castigado por la verdadera justicia.

En un mundo donde el silencio de Dios es agobiante, los seres humanos tenemos la obligación de tomar la palabra. Y tomar la palabra es decir que el hombre debe ser lo superior y lo primero para el hombre. Con esto se evitarán muchas cosas. Es una lucha que hoy merece ser dada. Si alguien quiere usar la palabra utopía, usemos la palabra utopía. Nuestra utopía es que todo ser humano respete al otro y el otro lo respete a él. La vida, ante todo.

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...